



Universidad de la República



Facultad de Psicología

Trabajo final de grado

**Manifestaciones en el proceso de narcisización en
situaciones de desamparo**

Monografía

María del Pilar Pereyra Machado

C.I.: 4.797.709-0

Tutora: Asist. Mag. Erika Capnikas

Revisora: Asist. Mag. Sandra Sena

Julio, 2021

Montevideo, Uruguay

ÍNDICE

RESUMEN	3
INTRODUCCIÓN	3
DESARROLLO TEÓRICO	4
1.Constitución de la estructuración psíquica. Desde los orígenes	4
Concepciones sobre la importancia del “no” en la estructuración psíquica y los procesos de simbolización	8
Los primeros tiempos de la pareja madre-bebé	12
Cuidado temprano satisfactorio: la preocupación maternal primaria y la madre “suficientemente buena”	14
La capacidad para estar a solas	17
La importancia de la mirada	18
La importancia de la mirada desde la perspectiva lacaniana	18
La importancia de la mirada desde la perspectiva de Winnicott	20
Las funciones parentales	21
2.El proceso de narcisización	24
La función de reverie, otra forma de narcisización	30
3. El desamparo inicial u originario como punto de partida	31
Entre el amor y el desamparo desestructurante	33
El complejo de la madre muerta	38
REFLEXIONES FINALES	39
Referencias bibliográficas	41

RESUMEN

En esta monografía se busca indagar sobre situaciones de desamparo en la infancia y sus manifestaciones en el proceso de narcisización, realizando un recorrido bibliográfico desde la clínica psicoanalítica tomando aportes de autores clásicos como Freud y Winnicott, y otros tanto contemporáneos como nacionales.

Se comenzará desarrollando la importancia de los vínculos primarios satisfactorios en la constitución psíquica del niño, el lugar que ocupan los padres en esta, profundizando en el proceso de narcisización, para luego continuar con el desamparo inicial en el que llega el ser humano al mundo y finalizar exponiendo algunos aportes en relación al desamparo en su dimensión desestructurante en las que priman las dificultades de simbolización.

Palabras claves: Desamparo- Infancia- Vínculos primarios- Narcisización

INTRODUCCIÓN

La presente monografía se enmarca en el Trabajo Final de Grado de la Licenciatura en Psicología en la Universidad de la República. El interés por esta temática surge de la última práctica pre-profesional cursada “Clínica psicológica con niños”, vinculado a un caso clínico que había sido llevado a cabo por estudiantes en años anteriores pero situado en la práctica que lleva el mismo nombre y que me condujo a indagar en situaciones de desamparo en la infancia y sus manifestaciones en el proceso de narcisización.

En este trabajo se intentarán abordar situaciones de desamparo provocadas por la no disponibilidad psíquica en que puede encontrarse una madre por diversos factores, como por ejemplo una depresión materna donde el interés es retirado de los objetos exteriores, por lo que no hay espacio para recibir y acoger al bebé que llega al mundo en estado de indefensión, situaciones en las que la madre se encuentra físicamente disponible pero ausente a la vez, ya que no está psíquicamente disponible. Entendiendo que para pensar en el desamparo es necesario trabajar en los vínculos primarios partiendo desde lo que Winnicott denomina como “madre suficientemente buena”, para luego colocar el foco en los cuidados maternos que no se adecuaron al momento de vulnerabilidad en que se encuentra el bebé en sus primeras etapas y las fallas que pueden generarse en la narcisización, tomando en cuenta que es la madre quien invierte narcisísticamente a su bebé.

En el primer capítulo se trabaja acerca del lugar que ocupan los padres en la estructuración psíquica del niño, tomando desde autores clásicos como Freud hasta autores más contemporáneos, continuando con otros ejes fundamentales como la importancia del “no” en los comienzos de la estructuración psíquica y los procesos de simbolización. Por otra parte, se desarrolla acerca de los primeros tiempos de la madre y el bebé y el cuidado temprano satisfactorio, así como también la capacidad para estar a solas como un hito en el desarrollo del niño y la importancia de la mirada materna en la constitución psíquica desde autores como Lacan y Winnicott, entre otros. Por último, se brindan aportes acerca de las funciones parentales, teniendo en cuenta el rol fundamental de la función paterna en el vínculo madre-bebé.

En el segundo capítulo se toman principalmente los aportes de Hugo Bleichmar para explicar el proceso de narcisización como proceso intersubjetivo en donde la mirada del otro primordial es esencial para la valoración propia del sujeto. Asimismo se hará referencia a los postulados de Bion sobre la función de reverie como otro modo de narcisización.

En el tercer y último capítulo, se comenzará por desarrollar desde el desamparo inicial como momento estructurante del sujeto hacia el desamparo desestructurante, tomando algunos autores nacionales como Casas de Pereda, Ulriksen de Viñar y otros, así como también a Green para explicar el complejo de la madre muerta en relación a la no disponibilidad psíquica en que se encuentra para ejercer las funciones narcisizantes con respecto al bebé.

DESARROLLO TEÓRICO

1. Constitución de la estructuración psíquica. Desde los orígenes

Desde antes de nacer e incluso desde antes de la concepción, el bebé ocupa un determinado lugar en la familia y en el deseo (consciente e inconsciente) de sus padres, un lugar lleno de expectativas y fantasías con respecto a ese futuro hijo. El deseo de un hijo por parte de la madre, no emerge sólo de la falta, del anhelo por tenerlo sino de la ilusión de obtenerlo según enuncia Flesler (2011). Es la madre quien anticipa la existencia de ese bebé por venir, debido a dicha anticipación podrá representar al bebé antes de que esté realmente constituido, ya en su imaginación ella le otorgará un cuerpo separado del propio. Mediante esta operación de anticipación tendrá lugar el recubrimiento narcisista de su propio cuerpo, lo cual según señala la misma autora generará también que comience a buscarle un nombre, transmitiendo ciertas expectativas y sobretodo deseo por él, un deseo que va preparando el sostén narcisístico para cuidar y amar a ese bebé, y el espacio psíquico para

recibir al bebé real. En esta línea, Tomás (2011) hace referencia a la apuesta materna de la madre sobre su bebé, y afirma que ya antes de que este venga al mundo le dará un nombre, un lugar y un apellido para que forme parte de un linaje, y esperará muchas cosas de él. Esta apuesta de la que habla la autora permite que la madre pueda soñar con el futuro de su hijo antes de su nacimiento biológico evidenciando que ya representa algo para alguien. En este deseo, en esta espera, habrá también una ilusión de completud vinculada a la lógica de ser el falo para la madre, completando su deseo, esto será lo que apoye la función narcisizante, para cuidar y amar a ese bebé, satisfacer sus necesidades, de este modo lo investirá narcisísticamente. El infans, según Sigal de Rosenberg (1995), ocupará un lugar ya marcado por el deseo del Otro, el lugar de completud para la madre, es decir, la completará en su deseo narcisista. Sin la ilusión de completud, el niño podría ser descuidado y hasta abandonado (Flesler, 2011).

Por otro lado, Freud (1914/1980) hace referencia a la tan conocida frase “his majesty the baby” para exponer el lugar que ocupa el bebé para sus padres, en donde este es el centro, atribuyéndole toda clase de perfecciones y tendiendo a olvidar sus defectos. Dicha frase permite pensar al niño, según Janin (2012) como aquel que lo puede todo, que ya lo es todo. Sin embargo, Ulriksen de Viñar (2005) plantea una paradoja acerca de esta posición central que ocupa el niño, teniendo en cuenta que el recién nacido se caracteriza por la impotencia total y una gran fragilidad que conlleva a otorgarle esa posición de centro obligando a su entorno a “(...) transformarse para suplir lo que el bebé no puede hacer por sí mismo y le es vitalmente indispensable” (p.343-344). Entonces, el infans en estado de dependencia absoluta se vuelve “his majesty the baby”, como bien proponía Freud. Dicho autor, hace énfasis en la primacía de una actitud tierna por parte de los padres, una sobreestimación que rige el vínculo afectivo entre ellos y el niño, se trata de “(...) el renacimiento y la reproducción del narcisismo propio (...)” (Freud, 1914/1980 p.87) que han abandonado hace mucho tiempo. Desde su propio narcisismo los padres invertirán libidinalmente a su hijo, lo que dará lugar al narcisismo primario de este último. Asimismo, los padres verán ahora en este hijo una segunda oportunidad para que él logre lo que ellos no pudieron, poniéndose en juego los ideales del ideal del yo vinculados a una idea de futuro, que no tiene lugar cuando predominan los ideales del yo ideal, cuando se espera que el niño llene en lo inmediato el agujero causado por la propia insatisfacción, debiendo ser “ya” el niño maravilloso, si no cumple con estas expectativas el derrumbe será absoluto (Janin, 2013). Freud (1914/1980) afirma que el niño deberá correr con mejor suerte que sus propios padres:

Enfermedad, muerte, renuncia al goce, restricción de la voluntad propia no han de tener vigencia para el niño, las leyes de la naturaleza y de la sociedad han de cesar ante él, y realmente debe ser de nuevo el centro y el núcleo de toda creación. *His majesty the baby*, como una vez nos creímos (p.88).

El mismo autor enuncia que se trata del punto más espinoso del sistema narcisista, de la inmortalidad del yo, asediada por la realidad, que encuentra su seguridad refugiándose en el niño. Añade además, que el amor parental es el narcisismo redivivo de los padres, mudado ahora en amor de objeto, siendo el niño el objeto. El hijo se constituye como yo ideal, identificado con la imagen omnipotente de los padres. Así será idealizado por los padres, a los que el niño también idealizará y por momentos se diferenciará, el niño será soporte del narcisismo de los padres (Janin, 2012).

Los padres comprenden un rol estructurante en la constitución psíquica de sus hijos, es en el vínculo con otros que el psiquismo se va constituyendo. Rojas (2005) considera la posición estructurante que tienen los padres en el psiquismo infantil y el aporte del psiquismo parental a este último que permite pensar a su vez en el discurso familiar y a la familia como principal productora de subjetividad.

Por su parte, Janin (2013) expresa que el nacimiento de un hijo determina una especie de sacudida interna que implica una reorganización representacional. “En esa reorganización el hijo ocupará un lugar particular, anudado a otros significativos, pero también reorganización en que la representación de los otros y de sí mismo sufrirá una conmoción transformadora” (p.12). El niño puede ocupar diversos lugares, según la madre se identifique con su propia madre o con el niño, entonces este podrá ser ubicado en la fantasmática materna como hijo incestuoso del vínculo con su padre, como otro hijo de su propia madre o como alguien producto de un vínculo exogámico (Janin, 2013). En esta línea, jugará un papel importante pensar qué representaciones tiene la madre de ella misma como hija, cuál es su representación de hijo, así como también acerca de las representaciones de su propia madre y qué implica para ella ser madre, poniéndose en juego también, sus propias vivencias infantiles en relación al lugar otorgado al hijo. En este sentido, cada uno de los padres habrá incorporado en su propia infancia la representación de madre y padre y la modalidad vincular que las define (Janin, 2013).

Cuando el niño es concebido entra en una cadena de representaciones en la que ya ocupa un eslabón, y retomando a Freud, Janin (2012) dirá que el niño es soñado por otros, sus padres desearán que sea lo que ellos no pudieron o lo que sus propios padres, abuelos esperaban de ellos, sueños irrealizados que atraviesan generaciones. En esta línea, Rojas

(2005) indica que los padres suelen proyectar en sus hijos sus propias aspiraciones idealizadas. El niño podrá ser vivido como alguien diferente, para el que se sueñan proyectos o puede ser parte del proyecto materno. De acuerdo con Janin (2012) el niño está incluido desde un principio en un universo de pasiones y prohibiciones. Es acariciado, mirado, hablado por otros. La madre cobra un papel esencial abriendo recorridos de placer y displacer, otorgando sentido al llanto del bebé, sus movimientos, sus gestos, determinando qué satisfacciones están permitidas, ejerciendo así un poder casi absoluto, ella dice lo que él necesita, desea y siente. A través de sus propios deseos, identificaciones e ideales impone al niño una elección, un pensamiento, o una acción pero al mismo tiempo tendrá en cuenta las necesidades propias del niño. La función de prótesis materna va variando en los diferentes momentos de la constitución psíquica del niño, permitiendo que el niño se humanice, dando sentido a sus urgencias, "(...) también implica la posibilidad de un exceso de violencia, de una imposición a ultranza de la voluntad materna, de una imposibilidad de reconocer que ese otro es alguien diferente de ella, alguien que crece y va teniendo voz propia (...)" (p.16). En este sentido, Sigal de Rosenberg (1995) apunta que lo que lleva al niño a someterse y adecuarse a los deseos y presiones del otro es su dependencia en principio absoluta, en tanto necesita de cuidados especiales, y al mismo tiempo en relación a sus necesidades materiales como en la dependencia de amor. Para oponerse a la voluntad materna, a la violencia y coacción de la madre Ulriksen de Viñar (2005) explica que el niño precozmente mostrará su oposición a las acciones y acercamientos de la madre, a través de sus movimientos, su postura, su rabia, su negativa, poniendo afuera lo displacentero y guardando en el interior aquello que considera placentero.

Por otro lado, Janin (2012) señala que los padres son los primeros erotizadores, "(...) prohíben, son modelos de identificación, portadores de normas e ideales, primeros objetos de amor y de odio, transmisores de una cultura. Sus deseos, sus modos defensivos, sus normas superyoicas, sus terrores tienen un poder estructurante sobre el psiquismo infantil" (p.15). Asimismo, establece que el psiquismo se arma en una historia, la cual es antecedida y determinada por otras historias. Historia que va más allá del niño mismo, "(...) una historia signada por otros, que a su vez están sobredeterminados (...), otros a los que hay que pensar en términos complejos, de instancias de conflicto, marcados por sus propios avatares" (Janin, 2013, p.39). Cuando un sujeto habla de sí mismo estará hablando de sus antepasados, en tanto que ese sujeto es escrito por otros, por sus deseos, sus prohibiciones, amores y odios, en cadenas de reiteraciones que lo exceden (Janin, 2013). Kahane (2017) plantea al respecto que, el niño es un sujeto en constitución, que se encuentra desde su concepción signado por historias, mitos, identificaciones y deseos familiares. Historia paterna e historia materna se conjugan tal como fue significada cada una

junto a los mitos de ambas familias de origen produciéndose un ensamblaje entre ambos cónyuges, aquí se ponen en juego múltiples identificaciones y deseos (manifiestos, latentes y reprimidos) de ambos padres, sujetos de inconsciente con su constitución edípica propia influyendo en la estructuración edípica de su hijo. De este modo, la psique del niño se estructurará entre lo intersubjetivo y su propia intrasubjetividad (Kahane, 2017).

Por otra parte, Sigal de Rosenberg (1995) trabaja acerca de la constitución del sujeto realizando una comparación entre la teoría lacaniana y la de Melanie Klein, quien pone el acento de la formación subjetiva en el polo intrapsíquico, un sujeto funcionando ya desde un principio en su subjetividad y con un aparato psíquico rudimentario funcionando desde los orígenes. Mientras que desde la perspectiva lacaniana, autoras como Mannoni y Dolto (citadas en Sigal de Rosenberg, 1995) colocan el acento en el polo intersubjetivo. Para Laplanche (citado en Sigal de Rosenberg, 1995) quien marca sus diferencias con respecto a Lacan, existen en el proceso de constitución del aparato psíquico entrecruzamientos producto de los factores que surgen de lo intrapsíquico y de lo que al niño le llega del campo del Otro. Desde estas múltiples posturas, Sigal de Rosenberg (1995) piensa el sujeto a devenir marcado por la subjetividad a partir de "(...) el lugar que ocupa en el deseo de la madre y de la forma en que el padre ejerce la doble castración tanto en la madre como en el niño (...)" (p.34), es así como el sujeto podrá constituirse. Bleichmar (2002) señala que a partir de la diferenciación con el semejante materno, el cual deja de ser una contigüidad del propio ser, una parte de uno mismo deviene extranjera, ajena, es a partir de aquí que habrá encuentro y por lo tanto intersubjetividad. La misma autora pone de relieve que en los intercambios que se dan entre madre y bebé se genera un plus de placer que no se reduce a lo autoconservativo, al mismo tiempo que alivia las tensiones biológicas se instalan tensiones de orden sexual, que conllevan resoluciones más complejas, vinculadas a todo tipo de simbolizaciones, que se constituyen en motor del progreso psíquico. En esta línea, se generan nuevas vías de placer que dan apertura a sistemas deseantes. Las funciones sexualizantes y narcisizantes de la madre son premisas de partida para la estructuración de los sistemas psíquicos del niño (Bleichmar, 2002).

Concepciones sobre la importancia del "no" en la estructuración psíquica y los procesos de simbolización

Para el desarrollo de la importancia del "no" en la estructuración psíquica se partirá desde los planteos de Casas de Pereda (2015), tomando en cuenta además otros autores para pensar los procesos de simbolización y su vinculación con el "no".

Casas de Pereda (2015) concibe la estructuración como un proceso en el que el sujeto se conforma como tal “(...)en relación al otro (función materna y función paterna) por los efectos de la indefensión propia del ser humano” (p.24). Para acceder a su propio deseo el sujeto necesita ser deseado y sostenido por sus padres (metafórica y literalmente). Es en el encuentro esencial con esos brazos que lo sostienen y con las palabras del otro que el niño empieza a sostener y articular sus primeras marcas. En la estructuración psíquica está implicado como sustrato inconsciente un juego de presencia-ausencia que hace consistente al símbolo de la negación. Lo negativo, la negación, separa al sujeto del objeto, dando lugar a la operación de discriminación. Ulriksen de Viñar (2005) vincula la negación a “(...) los comienzos de la discriminación yo-no yo, de la constitución del sujeto psíquico, en la separación del cuerpo de la madre (...)” (p.354). En esta línea, será crucial conjugar la conformación del vínculo afectivo entre el niño y sus padres con la puesta de los primeros límites y la prohibición, entendiendo la presencia del No como estructurante para el psiquismo en vías de constitución. Siguiendo a Casas de Pereda (2015), se destacan tres modalidades del No como límite en la estructuración psíquica. En primer lugar propone la negación discriminativa como aquella que se encuentra presente desde los primeros juegos entre la madre y el bebé, es ella quien la pone en escena a través del “No está- está” cuando cambia al bebé y juega a esconder su rostro, ese “No” será transmitido por la madre a través de tonos cálidos y lúdicos al encontrar su cara: “No está ¡Está!...”. Desde estos juegos de presencia-ausencia enseñados por la madre surgirá la autorización o emergencia del deseo. A la negación discriminativa la autora agrega el No de la prohibición que surge como límite que proviene del afuera, la madre pondrá límite al placer, a las demandas, desde vivencias de frustración a elaboración de límites.

En tercer y último lugar, el No de la negación, es el sustituto intelectual de la represión. Es el No del lenguaje verbal, que en la estructuración psíquica del niño delimita un instante de represión, implicando un No como pérdida y sustitución (Casas de Pereda, 2015). Se inaugura así, un espacio para la espera, elemento primordial en la estructuración psíquica. La autora propone como ejemplo el objeto transicional que sustituye la ausencia de la madre y cumple la función materna de aliviar la angustia del niño, “(...) el objeto real da lugar al objeto simbólico, atraviesa un espacio-tiempo donde se re-presenta (el objeto real) como objeto perdiéndose (objeto perdido)” (Casas de Pereda, 2015, p.33). Se necesita vivenciar la pérdida para la representación de la ausencia, el niño representa y simboliza la ausencia a través del juego con el fin de elaborar. La realización de la subjetivación es posibilitada por el acontecimiento de la pérdida, que implica imprescindiblemente encontrar respuesta en el deseo del otro, pero no satisfacción sino respuesta (Casas de Pereda, 2015). En este aspecto, Guerra (2014) plantea la importancia del proceso de simbolización

para el advenimiento del sujeto. Sin proceso de simbolización no es posible la subjetivación. La simbolización concierne un trabajo de representación, en palabras del autor, “la re-presentación sería el trabajo psíquico de volver a hacer presente el objeto de la pulsión cuando está ausente perceptivamente” (p.74). El cuerpo tiene un rol primario en la comunicación básica necesaria para la habilitación de las primeras formas de lo que Guerra (2015) refiere como simbolización en presencia, experiencia fundante que hace posible la elaboración de la ausencia y el acceso a la representación de objeto. En esta línea, el autor trabaja sobre el ritmo que compone el par presencia-ausencia, en donde se originan el lenguaje y la simbolización, en un espacio intermedio entre presencia y ausencia, denominado como entre-idad, “(...) allí la palabra es compañera inseparable del ritmo en el proceso de subjetivación” (Guerra, 2015, p.140), en otras palabras, el lenguaje surge de un ritmo entre presencia y ausencia (Guerra, 2014). La madre desaparece y reaparece como objeto y en esta alternancia entre ausencia y presencia surge la palabra, que de acuerdo con Ulriksen de Viñar (2005) re-presenta al objeto ausente. De este modo el niño supondrá que lo que no está ahí puede volver a estarlo.

Siguiendo a Guerra (2014) la palabra oficia como herramienta que interpela aquello que falta, es decir, la ausencia, pero para que sea posible el surgimiento de aquella primera es vital el encuentro con el otro, que desde la presencia brinde al niño amor y cuidados, sólo así será tolerable la ausencia del objeto para el psiquismo y habilitará procesos fundantes como la simbolización, simbolización en presencia como bien señala el autor; el par presencia-ausencia es cimiento de todo trabajo de simbolización. Según Ulriksen de Viñar (2005) la madre en su función simbólica “(...) distribuye objetos simbólicos de los que el niño se apropia” (p.353), gracias a esta apropiación la madre podrá ausentarse, ya que en su lugar el niño colocará la palabra y el juego como formas de simbolización. La palabra, el lenguaje es una adquisición que implica un logro de trabajo psíquico complejo que lleva a la instauración de la función simbólica. La palabra se posiciona en el lugar de una pérdida, de una distancia, de una renuncia al objeto; la simbolización (Ulriksen de Viñar, 2005). En su estado de desamparo originario el infans (sin lenguaje) necesita de un otro que lo ampare, necesita del otro hablante para la estructuración humana. No obstante, esta autora dirá que no basta solamente con la existencia del otro hablante, ya que las condiciones de la subjetivación se encuentran en el campo de ese otro, que recibe al infans, “(...) lo introduce en el lenguaje y luego lo suelta, lo separa, completando el bucle de la operación de simbolización eminentemente humana” (p.355).

Guerra (2015) introduce la idea de ley materna del encuentro que se vincula a la ley del ritmo biológico y al respeto por el ritmo propio del niño, dicha ley está compuesta por el

pasaje a la palabra, asociada por el autor como un tercero en la simbolización. Asimismo, Sigal de Rosenberg (1995) vincula la entrada en el lenguaje y la interdicción paterna como elementos que permitirán al niño la salida del lugar donde es hablado por su madre. De forma semejante, Ulriksen de Viñar (2005) piensa el campo del lenguaje como instancia del tercero social, cultural. La misma autora menciona que es la madre quien introduce a través de las palabras el lenguaje, ella ordena las palabras y formula preguntas suponiendo que el niño pueda comprenderlas. Es importante que la madre pueda hablarle en modo interrogativo al niño, otorgándole así la posibilidad de hacerse preguntas, de formularse hipótesis. Cuando la madre le habla a su bebé realizándole preguntas deja un lugar vacío de espera, respetando los tiempos del bebé, confiando en que se movilizará algo del pensamiento, algún tipo de contenido mental. De este modo, la madre podrá pensar al bebé como un ser diferente a ella, con contenidos mentales propios, capaz de responder desde un lugar singular y único, Ulriksen de Viñar (2005) entiende que este punto es vital para el advenimiento del sujeto. En esta línea, Bleichmar (2002) subraya en su obra la relevancia de poder imaginar al bebé por parte de su madre como un ser pensante, de poder atribuirle pensamiento propio, la capacidad de esta de considerar al niño poseedor de una conciencia, con los mismos atributos que conforman el psiquismo de la madre es una potencialidad estructurante que le otorgará al hijo la posibilidad de sentirse humano y concebirse en el interior de su propia piel.

En tal sentido, cabe preguntarse cómo se habilita la función del pensamiento en el niño. Cuando el bebé llora busca con su llanto que su madre aparezca para calmarlo, por ende, ella responde con su presencia, favoreciendo así el balbuceo del bebé, es decir el bebé no solo se satisface con la presencia de su madre, sino también a través de su propia producción de sonidos, constatando que al emplear su propia capacidad para generar sonidos la madre acudirá en su auxilio. En este movimiento interactivo se conforman una serie de conductas que al repetirse forman una suerte de ritual, estas conductas acompañadas de sus variaciones afectivas son compartidas en la relación madre-bebé, encontrando así una significación compartida en la que la regularidad y la repetición de los cuidados maternos, permiten al niño la previsibilidad de que lo que experimentó antes sucederá nuevamente. En esta alternancia entre presencia y ausencia se organiza la función de pensar. No obstante, Marcelli (citado en Ulriksen de Viñar, 2005) puntualiza que lo que propicia la función de pensar no es la ausencia, sino "(...) la sucesión regular de la ausencia y la presencia que permite al lactante creer en que lo que ha experimentado va a volver" (p.346), en otras palabras, será la regularidad y la alternancia entre la presencia y la ausencia lo que permitirá que el bebé crea que lo experimentado sucederá nuevamente. En

este sentido, la previsibilidad y la confianza son elementos fundamentales en la organización del pensamiento.

Los primeros tiempos de la pareja madre-bebé

Desde el pasaje de la vida intrauterina y su homeostasis hacia el mundo exterior el bebé recién nacido se encuentra en estado de extrema vulnerabilidad e indefensión, siendo invadido por diversos estímulos, es decir, su existencia depende absolutamente de los cuidados proporcionados por el ambiente, especialmente de la madre, “el niño nace en un estado de desamparo y dependencia absoluta (...), no se hablará de niño sin incluir al otro de quien depende totalmente, representado en el comienzo por la madre” (Ulriksen de Viñar, 2005, p.343). En tal sentido, López de Caiafa (2009) hace referencia a la prematurez en que se encuentra el bebé cuando nace, pero que a su vez es portador de un potencial de desarrollo que se desplegará siempre y cuando le sean proporcionadas las condiciones favorables. Para que dicho despliegue se produzca será necesaria la presencia activa del otro. Un otro vital, que es imprescindible para llegar a ser, pero que es ignorado, desconocido por el bebé, dado que aún no se ha podido separar como self. Asimismo, Ulriksen de Viñar (2005) subraya la importancia del proceso de desarrollo positivo en el niño, el cual facilita la adquisición de capacidades de pensamiento inteligente, creativo, autónomo, integrado al mundo social que lo rodea. Este proceso solo es posible cuando el niño logra interiorizar los aportes cognitivos y afectivos de los primeros vínculos y afianzarse en ellos para transformar el desamparo inicial y la dependencia extrema que se mencionaban líneas anteriores, en capacidad de separarse, de estar solo, de crear, de pensar, de conocer, de disfrutar. En otras palabras, hay un pasaje desde el estado de desamparo inicial en el que se encuentra el cachorro humano al nacer, el infans hacia el sujeto hablante que va adquiriendo progresivamente su autonomía, que se va manifestando como ser único y singular, como otro y a la vez uno en entre los otros (Ulriksen de Viñar, 2005).

En esta primera etapa la madre se encuentra especialmente abocada a los cuidados de su bebé, en palabras de Winnicott (1963) “(...) la madre se entrega a esta tarea, de manera que el niño parece formar parte de ella, la madre se encuentra muy identificada con el bebé y sabe muy bien cómo se siente” (p.102). La madre pasa de ser sujeto a transformarse en objeto para el bebé, renunciando a su autonomía para volverse aquello que el bebé necesita (Ulriksen de Viñar, 2005). La pareja de la madre y el bebé forman una unidad que diversos autores llaman díada, en la que ambos se encuentran en una especie de relación de simbiosis o estado de fusión, imprescindible para la sobrevivencia del bebé, en la cual la madre se identifica emocionalmente con su hijo, comprendiendo las

necesidades de este y provisionándole los cuidados necesarios. Spitz (1972) describe esta unidad que forman la pareja madre-bebé como una masa de dos, expresa además, que se encuentra aislada hasta cierto punto de lo que le rodea y unida entre sí por lazos extraordinariamente poderosos, asimismo el autor llama la atención sobre el conocimiento de las necesidades del bebé por parte de su madre, aún allí donde haya confusión. Por su parte, Bleichmar (2005) refiere a la díada que conforman la pareja madre-bebé como una "(...) unidad de experiencia que constituye la fuente de estimulación y de génesis de la actividad psíquica del bebé" (p.15). Más adelante, la autora añade que a través de los intercambios que se generan en la díada la madre es capaz de codificar adecuadamente las señales que su bebé emite, lo que hará que la ansiedad disminuya en ambos miembros y se establezcan pautas de regulación emocional en el último. Acevedo de Mendilaharsu (2014) coincide en que es imprescindible en las etapas precoces del bebé la configuración de la unidad madre-bebé, cuando esto no se produce por abandono o negligencia materna los efectos son devastadores. Al mismo tiempo que enfatiza en los procesos de unión, enuncia también, la importancia de la individuación en el desarrollo. La misma autora añade que, la función materna consiste, primero en libidinizar al niño pero también debe mantener un límite que dará lugar a la posterior resolución del Complejo de Edipo. Siguiendo a Janin (2012) el amor materno es vivido como fusión con el otro, mientras que el rechazo materno es vivido como un rechazo a sí mismo. Ulriksen de Viñar (2005) indica que los primeros momentos del encuentro entre madre y bebé se caracterizan por la conformación de un sistema dual, apoyado en los cuidados corporales y la atención a las necesidades fisiológicas del niño, así como la voz y la mirada de la madre en el intercambio sensorial y afectivo con el bebé, ambas sustanciales en el vínculo diádico madre-bebé. Para Flechner (2013) el primer contacto entre madre y bebé los une y los separa, pero, pone el énfasis en la importancia de la diferenciación madre-bebé, puesto que, lo materno corre el riesgo de apropiarse del infans en una prolongación sin límite, obstaculizando que el niño pueda alcanzar el estatuto propio de sujeto. En tal sentido, Bleichmar (2002) manifiesta que ser amado y ser pensado favorece una no apropiación del cuerpo por parte del otro. Será necesario para que el cuerpo propio alcance dicha condición alguien que ceda, "(...) generosamente, una propiedad sobre una parte de sí mismo que deviene ajena" (Bleichmar, 2002, p.12). De esto se trata el narcisismo trasvasante de la madre, que libidiniza al niño al satisfacer sus necesidades biológicas teniendo en cuenta que ya la madre se constituye en una fuente de placer, lo narcisiza desde su propio narcisismo. Desde el narcisismo materno se inviste al cachorro humano, religando aquello que perdió para ejercer los cuidados primordiales (Bleichmar, 2002).

Cuidado temprano satisfactorio: la preocupación maternal primaria y la madre “suficientemente buena”

Desde el momento de la concepción, con los cambios que se producen en el cuerpo de la madre a nivel tanto fisiológico como psicológico al llevar a su hijo en el vientre, esta comienza a orientar sus sentimientos hacia su propio cuerpo, desviando su interés hacia él. Su propio cuerpo es quien la estimula a interesarse por sí misma. Producto de estos cambios y el interés por sí misma, ella desvía parte de ese sentimiento por sí misma hacia el bebé que crece en su vientre (Winnicott, 1960a). Winnicott (1956) propone denominar este estado especial de la madre como “Preocupación maternal primaria”. El autor lo describe como una condición especial de la madre que se “desarrolla gradualmente y se convierte en un estado de sensibilidad exaltada durante el embarazo y especialmente hacia el final del mismo” (s/p), como casi de enfermedad que podría compararse con un estado de replegamiento del que se recobrará algunas semanas luego del nacimiento del bebé. Predomina en la madre una disposición y capacidad para concentrar su interés en el bebé, renunciando para ello a sus intereses personales. Dicho estado permite a la madre la identificación creciente, y la adaptación a las necesidades del bebé desde el comienzo para la satisfacción de estas.

Cabe destacar que durante el estado que se describe como “preocupación maternal primaria” la madre se encuentra sumamente vulnerable, ella también necesitará de un entorno de apoyo y protección para poder volcarse completamente a su bebé y desentenderse de cualquier peligro externo, quien se encarga generalmente de organizarlo es su compañero pero también puede ser su propia madre o la abuela del bebé. En esta línea Bleichmar (2005) manifiesta que en estos momentos la madre necesitará a su vez “alguna madre” o alguna otra persona que le brinde unos mínimos de presencia afectiva y protección que le posibiliten desviarse de otras preocupaciones mientras está con su bebé. El padre puede asumir la paternidad compartida participando de las tareas de cuidado y ser más que un continente para la madre. Cuando la madre es objeto de cuidados que comprenden la naturaleza de la misión a ella encargada podrá prestar un cuidado materno satisfactorio aún mejor del que puede ser capaz de proporcionar naturalmente (Winnicott, 1960b).

Otro de los ejes fundamentales que Winnicott aporta en su obra para referirse a la función materna es el de “madre suficientemente buena” el cual desarrolla mediante tres categorías pertenecientes a las primeras etapas de la vida del bebé; sostenimiento, manipulación y presentación de objeto. Estas funciones de protección y sustento

constituyen desde un principio en el vientre de la madre un ambiente facilitador, las cuales luego del nacimiento serán satisfechas por la madre. En primer lugar, el sostenimiento (holding), la forma en que la madre sostiene a su bebé en sus brazos se encuentra vinculada a la capacidad de identificación de ella con su criatura. Sostenerlo de manera adecuada es un factor básico del cuidado. Si esta función falla el niño tendrá la sensación de desintegrarse, de caer interminablemente, el sentimiento de que la realidad externa no puede usarse como reaseguración, entre otras angustias que se conocen como psicóticas (Winnicott, 1960a). La manipulación (handling), por su parte, tiene que ver con una asociación psicosomática del niño en su desarrollo, la cual permite percibir lo “real” de lo “irreal”. Una manipulación deficiente atenta contra el desarrollo del tono muscular y la coordinación, así como también contra la capacidad del niño para disfrutar de la experiencia del funcionamiento corporal y de ser (Winnicott, 1960a). Ulriksen de Viñar (2005) vincula el handling a la situación de desamparo psíquico y físico del bebé que requiere del manejo de la situación por parte de la madre, pero en simultáneo deberá aceptar un margen donde el niño escape a su control y pueda excederla. Es esencial desde los primeros momentos de vida del niño que la madre pueda permitir un espacio de intercambio con las demás personas de su entorno y que a su vez este espacio se vaya ampliando, en conjunto con la disponibilidad de ella para ir soltando al bebé.

Por último, la presentación de objeto estimula en el bebé la capacidad para relacionarse con los objetos. Da inicio a las relaciones objetales, que no son posibles sin la presentación de objeto, realizada de tal forma que sea el bebé quien crea el objeto. La madre presenta el objeto que satisface las necesidades del bebé de acuerdo con el desarrollo de una necesidad no formulada de este, que espera ser calmada por “algo” impreciso, “(...) así empieza a necesitar justamente lo que la madre le presenta. De este modo el bebé llega a adquirir confianza en su capacidad para crear objetos y para crear el mundo real” (Winnicott, 1962, p.72), aquí lo que la madre le presentará como objeto será su pecho junto con el deseo de alimentarlo, este objeto será hallado-creado por el niño (López de Caiafa, 2009). Esta función corresponde con el breve período de experiencia de omnipotencia del niño otorgada por la madre, quien le ofrece la oportunidad de crearse la ilusión de que su pecho es de él (Winnicott, 1979). En relación a esa experiencia de omnipotencia, López de Caiafa (2009) refiere a los cuidados de la madre suficientemente buena, resaltando que cuando estos son tan poco intrusivos no se advierten y el niño tiene la ilusión de que la necesidad no existe por sobre la de crear lo que necesita. Al respecto, Ulriksen de Viñar (2005) indica que estas vivencias de completud y perfección son soporte de la experiencia alucinatoria de ser el creador del objeto, esta fantasía instaura el narcisismo primario. La experiencia de omnipotencia se vincula con lo que Winnicott llamó

objeto subjetivo, este surge a partir de las necesidades del bebé y de la identificación materna en una adaptación a sus necesidades. La madre gracias a su habilidad y disposición para identificarse con su bebé y colmar sus necesidades posibilitará el desarrollo de la capacidad creadora por parte del niño, en la cual tienen origen los objetos subjetivos. Estos objetos no pertenecen al exterior, en palabras de López de Caiafa (2009) “el objeto subjetivo es parte del bebé, (...) es producto de la creatividad primaria que da lugar a una experiencia de ilusión: madre y bebé coinciden en vivencias y percepciones moldeadas por proyecciones que hacen posible la ilusión de creación (...)” (p. 44). Esta capacidad creadora es indispensable para el surgimiento de la confianza en la capacidad de crear y para que el mundo comience a ser creado. Para el desarrollo de dicha capacidad según Anfusso (2014) es indispensable debido a la prolongada inmadurez y vulnerabilidad de la cría humana la existencia de cuidados primeros “suficientemente buenos”, “no demasiado perfectos o imperfectos, pero tampoco extremadamente variables e impredecibles” (p.52).

Posteriormente, será la madre nuevamente quien deberá desilusionar al bebé de forma gradual, desilusión que sólo tendrá lugar si en los comienzos le fueron presentadas al niño suficientes oportunidades de ilusión. Winnicott (1979) escribe que el pasaje del principio de placer al principio de realidad sólo es posible si existe una madre suficientemente buena, la que al principio se adapta casi completamente a las necesidades del bebé, adaptación que irá disminuyendo poco a poco, conforme el niño pueda desarrollar su capacidad creciente para enfrentarse al fracaso y tolerar los resultados de la frustración. Al respecto, André (citado en Ulriksen de Viñar, 2005) señala que Winnicott cuando hace referencia a la “madre suficientemente buena” “(...) escribe “good enough”, madre buena que marca un límite, -“enough”, un “basta”, necesario para no perpetuar el vínculo fusional, límite necesario para el desprendimiento” (p.345).

La transición desde el vínculo de fusión con la madre a un tipo de relación donde ella es percibida como objeto externo y separado del bebé es favorecida por el uso de un objeto transicional, que constituye para Ulriksen de Viñar (2005) en un procedimiento de auxilio para dicha transición. Se trata de la primera posesión “no- yo” según postula Winnicott (1979), que se advierte desde las primeras actividades de introducción del puño en la boca del bebé recién nacido, que posteriormente llevará el apego a un osito de peluche, una muñeca, un juguete duro o blando, etc. Los objetos y fenómenos transicionales son parte de la zona intermedia de experiencia, entre la realidad interna, subjetiva y la realidad externa, compartible (López de Caiafa, 2009). Por lo tanto, estos objetos no forman parte del cuerpo del niño pero tampoco son reconocidos aún como provenientes de la realidad exterior. En tal sentido López de Caiafa (2009) menciona que el niño ejerce sobre estos objetos “(...) un

dominio omnipotente, el dominio por manipulación, basado en el placer de coordinación y el erotismo muscular” (p.42).

Winnicott (1979) señala que estos objetos suelen ser utilizados como una defensa contra la ansiedad de tipo depresivo al momento de dormir, puesto que como es sabido estos objetos representan el pecho materno. Esta primera posesión no-yo se vincula con la separación del niño con la madre, al tratarse de una posesión el niño puede reconocer que le pertenece y que por lo tanto no es él. El objeto transicional “(...) posibilita el tránsito por la idea de separación de la madre, su ausencia, sus fallos” (López de Caiafa, 2009, p.42). Mediante este objeto el niño podrá paliar la ausencia de la madre gracias a la presencia tangible del objeto transicional, reconociéndola al mismo tiempo como ausencia, propulsora de la entrada en la simbolización. Posteriormente, el objeto no es reprimido ni olvidado, sino que se produce el desinversión de este (Winnicott, 1979).

La capacidad para estar a solas

En esta etapa precoz el bebé no puede diferenciar a su madre de sí mismo, para él su madre es parte de sí mismo, madre y bebé son inseparables, por lo que no hay diferenciación yo-no yo, el yo aún no se ha conformado. Esta unidad que ambos conforman irá separándose progresivamente, pero para que el niño pueda estar solo, es decir separado de su madre, deberá haber vivenciado la experiencia de estar solo aún en presencia de la madre, aquí Winnicott (1958) plantea la paradoja de estar a solas en presencia de otra persona, ya que es necesaria la presencia de la madre del niño o su sustituto para el desarrollo de la capacidad de estar a solas. Más adelante el mismo autor toma los postulados de Melanie Klein para enfatizar que sólo es posible que el niño pueda estar a solas cuando dispone de un objeto bueno interiorizado, solo así el niño podrá disfrutar del valor real de la soledad, lo que constituye un signo de madurez emocional. Para ello es indispensable haber contado desde una fase muy temprana con cuidados suficientemente buenos que satisfagan adecuadamente las necesidades del bebé, los que favorecerán en el niño la formación de creencias y confianza en un medio ambiente benigno, y añade que “con el tiempo el individuo introyecta la madre sustentadora del ego y de esta forma se ve capacitado para estar solo sin necesidad de buscar con frecuencia el apoyo de la madre o el símbolo materno” (p.35). A su vez, Winnicott (1958) entiende que, lograda esta capacidad el niño alcanzará un elevado grado de madurez emocional y determina que es posible hablar en términos de unidad, el yo del niño se halla integrado, unificado, el mundo exterior es separado de la existencia de un mundo interior, es decir que ya es capaz de distinguir entre objetos externos e internos, teniendo conciencia por ejemplo de la existencia de su madre.

Para Ulriksen de Viñar (2005) que el niño pueda decir “yo soy” y “yo estoy solo” son grandes éxitos del desarrollo.

La importancia de la mirada

Para constituirse como sujeto diferenciado de la madre, además de haber desarrollado la capacidad de estar a solas, es fundamental haber sido mirado, reconocido por la mirada materna, en vías de que el niño pueda dar cuenta que su existencia es vista y comprendida por un otro, el que a modo de espejo que refleja la imagen de un rostro devolverá al niño la evidencia necesaria para el reconocimiento de su existencia como ser diferente de la madre, de ese otro que lo mira mirarse. Lacan y Winnicott ponen de relieve la importancia acerca del uso del espejo para la estructuración subjetiva, sin embargo se basan en marcos teóricos diferentes para el abordaje del estadio del espejo, como lo llama Lacan o el papel de espejo de la madre como plantea Winnicott. Una de las principales diferencias radica en que para este último autor el medioambiente toma un papel esencial en las primeras etapas del desarrollo emocional del niño, mientras que Lacan analiza la relevancia de la función del Otro en la constitución del yo, siendo protagonistas la función de reconocimiento y libidinización para que el sujeto pueda advenir como tal.

➤ La importancia de la mirada desde la perspectiva lacaniana

Tomás (2011) considera como fundamental la instancia de identificación primordial a la que se hace referencia párrafos anteriores, teniendo en cuenta que el niño comienza a esbozarse como sujeto en inicio a través de la relación de indiferenciación con su madre. A tal efecto, es de vital importancia en los primeros tiempos la alienación del sujeto con el otro, como señala Casas de Pereda (2001) para la identificación del infans y para experimentarse, de esta forma comenzará la circulación del deseo, haciéndose reconocer y desear por el otro. De acuerdo con esta experiencia identificatoria sobrevendrá entonces la captación de la imagen de su cuerpo (Tomás, 2011). La identificación del niño con su imagen tendrá lugar en el momento en que el niño reconozca esa imagen que ve reflejada en el espejo no como algo externo que tiene que atrapar, como un ser sino como una imagen, cuando esto suceda el niño dejará de intentar atraparlo. Entonces concluirá que esa imagen reflejada que intentaba atrapar en un primer momento es la suya propia. Cabe mencionar que antes de la identificación con su propia imagen, el niño vivenciaba su cuerpo como fragmentado, disperso, es a partir del estadio del espejo que experimentará la unificación de su cuerpo, lo que Tomás (2011) basándose en Lacan refiere como “la neutralización del cuerpo fragmentado a favor de la unidad del cuerpo propio” (p.78). Siguiendo los planteamientos de Ulriksen de Viñar (2005), es en la mirada o en el cuerpo de la madre

donde el niño descubre una imagen que le permite reconocer su nascente unidad a pesar de su prematuridad motriz. El niño se mira en el espejo y mueve sus brazos con satisfacción, dirige la mirada hacia su madre para tomarla como referencia buscando en ella la confirmación de la imagen que él ve en el espejo. Por lo tanto, lo que atañe a la función materna es el reconocimiento y la mirada hacia su bebé quien sonríe a la sonrisa de su madre, contemplada y reparada en la mirada, dando cuenta que es nodal el investimento libidinal del que lo mira mirarse produciendo el júbilo del niño ante el espejo (Casas de Pereda, 2001). Cuando el niño se mira en los ojos de la madre se ve en la imagen que aquella le devuelve, esa mirada es fundamental en la representación que el niño pueda armar de sí mismo (Janin, 2012). La madre lo mira mirarse en el espejo y él vuelve su rostro hacia aquella, momento instaurador del yo, que pone en evidencia la necesidad e importancia de la mirada de ese Otro, que lo desea vivo, para que la identificación del niño con aquella imagen que ve sea sostenida por ese Otro, que con su mirada confirma, asiente su incorporación. Janin (2013) especifica que los padres son el primer espejo en el que el niño se ve, ellos le proporcionan la imagen de lo que él es para ellos, de lo que desearían que fuese.

Asimismo, Tomás (2011) expresa que sin el deseo materno que coloca al niño momentáneamente en el lugar de falo, que le otorga ese valor, no será posible la constitución del yo. Al respecto Casas de Pereda (2001) afirma que la madre pone en juego su modo de amar al hijo, el cual estará definido por su deseo, es decir por la castración materna, su estructura inconsciente. Por consiguiente, "Ser el falo" equivale a un tiempo nodal, sin la alienación correspondiente a este tiempo, no será posible posteriormente para el sujeto la separación, lo que impedirá el surgimiento de la condición como sujeto deseante (Tomás, 2011). A través del lugar de completud que ocupa el bebé en el deseo narcisista de la madre, tiene lugar la alienación en la imagen de un Otro, Sigal de Rosenberg (1995) enuncia que de esta forma se instala una relación dual, especular e imaginaria, a la cual Lacan describe como fase del espejo, donde el niño se encuentra en dependencia total en su demanda por el amor de la madre, así el niño quedará capturado por la mirada de la madre, se fascinará con ella, identificándose con su madre y alienándose por ella. La entrada del padre favorecerá al infans poder constituirse como sujeto deseante, ya que será lo que destruya el lugar imaginario donde el niño es el falo de la madre (Sigal de Rosenberg, 1995).

En definitiva, es a partir de la mirada del Otro con mayúscula que el yo se presenta y se sostiene (Lacan citado en Tomás 2011), este planteamiento pone de relieve los señalamientos de Casas de Pereda (2001) sobre lo que Lacan proponía acerca de la

constitución del yo, ubicándolo, a diferencia de Freud, de afuera hacia adentro, señalando el reconocimiento que realiza el niño en el espejo, un yo que es conformado a través de la imagen tanto propia como ajena, en una relación especular que advierte la exterioridad de la imagen en la conformación del yo, funcionando el Otro como espejo.

Conviene señalar, por otra parte que cuando el niño muy pequeño no dispone del contacto libidinal con el Otro que erogeiniza su imagen a través de su mirada, de su voz, su sostenimiento, su constitución psíquica quedará afectada profundamente. Un sujeto no podrá constituirse sin Otro en quien reflejarse, que aporte no sólo imagen, sino palabra y voz, que pueda erogeinizar, sostener y mirar, permitiendo al sujeto cernir su propia mirada. El estadio del espejo, entonces, sólo tendrá lugar si el niño en el momento de alienación primordial fundante dispone de la mirada del Otro (Tomás, 2011).

➤ **La importancia de la mirada desde la perspectiva de Winnicott**

Por su parte, para Winnicott (1979) el medioambiente toma un papel esencial en las primeras etapas del desarrollo emocional del niño, no existiendo aún una separación entre ambos para la diferenciación yo-no yo del niño, que se producirá progresivamente variando el ritmo según el niño y el medioambiente. Los principales cambios se observan en la separación de la madre a partir de la percepción objetiva de esta como rasgo del ambiente que el niño logra hacer. El autor enfatiza en la función ambiental, los ofrecimientos de esta y la maduración personal que el bebé puede alcanzar gracias a estos.

Para Anfusso (2014) la fase del espejo comienza cuando el bebé se encuentra en dependencia absoluta, que va logrando la dependencia relativa gracias a la función de espejo de la madre y la familia con relación al bebé, este comienza a percibir la diferencia entre el “yo soy” y “tú eres”. En esta línea, Winnicott (1979) reflexiona acerca de qué ve el bebé cuando mira el rostro de su madre, señala que se ve a sí mismo en el rostro de la madre, es decir, la madre lo mira y lo que ella refleja se relaciona con lo que ve en él. Esta mirada-espejo permite al bebé la experiencia de mutualidad que implica ser mirado, Anfusso (2014) subraya que esta experiencia es vital ya que se trata de sentir una conexión afectiva en su vínculo con otro. Esta autora agrega que el bebé existe en tanto mira y un otro lo refleja, entonces empieza a reconocer en sí mismo un yo precario, dependiente de que ese otro lo refleje, así él comienza a darse cuenta que ese otro representa a su madre. Casas de Pereda (2001) apunta que “(...) se requiere ser mirado con una mirada de aceptación” (s/p), para lo cual es necesario que la madre disponga de una estructura saludable.

Por otro lado, Winnicott (1979) se pregunta qué sucede cuando el niño mira el rostro de la madre y no se ve a sí mismo, sino que ve reflejado el estado de ánimo de la madre o sus propias defensas, en estos casos el bebé no recibe de vuelta lo que da. Como consecuencias, en primer lugar, se verá afectada su capacidad creadora y buscará en su entorno otras formas de que el ambiente le devuelva algo de sí. En segundo lugar, el niño se acomodará a la idea de que cuando mira ve el rostro de la madre, aquí ella no funciona como espejo. Desde el punto de vista de Casas de Pereda (2001) el rol de la madre de la mirada de reconocimiento y amor está contenido en la idea de “madre suficientemente buena” que emerge de su “enfermedad maternal primaria”, puntualiza además, que no basta sólo con el amor, es necesario el reconocimiento, el cual implica separación, reconocimiento que tiene lugar en la mirada, en su tono de voz, en el calor de los brazos de su madre pero sobretodo en la mirada y en la voz.

Las funciones parentales

Cuando se habla de funciones parentales o parentalidad es frecuente pensar en la función materna por un lado y la función paterna por otro, sin embargo se trata de un concepto que comprende más allá de la paternidad o la maternidad como equivalentes a las categorías masculino-femenino. La parentalidad como concepto surge en la segunda mitad del siglo XX. Ponce de León (2015) asocia la evolución de este concepto con los cambios socio-culturales que refieren a la diversidad sexual y a los nuevos modelos de familia, como la homoparentalidad o la monoparentalidad, entre otros, que conducen a replantear las funciones materna y paterna ligadas exclusivamente a las categorías femenino-masculino. Esta autora entiende que las definiciones de parentalidad suelen cambiar de acuerdo a perspectivas culturales y estando sometidas a los cambios socio-culturales así como también a los procesos subjetivos individuales. Alkolombre (2019) entiende que la maternidad y la paternidad se encuentran organizadas por el universo simbólico mediante el lenguaje, los mitos, las normas y los valores propios de cada cultura. En tal sentido, Ponce de León (2015) afirma que la parentalidad es un

(...) proceso singular, de transformación psíquica, que se crea en una pareja o en un sujeto, en torno a las funciones necesarias para que el hijo se constituya como sujeto separado. Eso supone procesar los cambios que requieren las diferentes etapas que van desde el deseo de hijo, el advenimiento del hijo como otro diferente y el tránsito de la dependencia absoluta a la independencia (p.1).

Rojas (2004) plantea que se trata de un “devenir” padres, ya que “ser” padres va más allá de asumir ciertos lugares y denominaciones que han sido impuestos culturalmente. En este sentido, Aulagnier (citada en Raznoszczyk Schejtman, 2014) habla de un contrato

narcisista, en el que la influencia del discurso sociocultural es parte del modo en que la pareja parental inviste al hijo.

Para Ponce de León (2015) lo importante no es el género de quien ejerza aquellas funciones parentales, sino la función en sí misma, poniendo el foco en la función simbólica. Aquella función simbólica que el psicoanálisis de Freud y Lacan asimilan a la función paterna, como la que rescata al niño de su madre y lo inserta en la cultura, privando al niño de su identificación con el deseo de la madre y a la misma vez privando a la madre del falo es concebida desde un modelo de sociedad patriarcal que posiciona a la madre en el lugar de naturaleza y retiene al hijo. En este sentido, la autora se inclina por considerar a la madre como un sujeto idóneo para desempeñar la función simbólica por sí misma, “que puede reconocer al hijo como un otro, más allá de situaciones donde el hijo pueda representar un falo” (pp. 2-3). De esta forma, propone hablar de “función tercera”, haciendo hincapié en la independencia del género de quien la ejerza. De acuerdo con la autora anterior Goldstein (2014) entiende que las funciones simbólicas pueden ser cumplidas por diversos personajes de la trama o incluso por elementos que se encuentran en la estructura como por ejemplo la vocación de la madre por cierto objeto cultural ya implica deseo hacia algo diferente del hijo, “(...) la vocación (voz, palabra, deseo) la separan del niño como encarnadura de su falo” (p.231). Glocer (citada en Alkolombre, 2019) propone analizar el deseo de hijo dejando de lado su valor fálico, para pensarlo como “una producción deseante”, reconociendo en él una alteridad radical que hace posible lo novedoso, “(...) reconocimiento de lo diferente, de creación de una experiencia más allá de las fronteras del narcisismo” (p.102). Se trata de una alternativa frente a la clásica teoría que equipara deseo con envidia en la mujer desde la falta, favoreciendo el posicionamiento del deseo en un lugar de producción, en una relación que dé lugar a la terceridad (Alkolombre, 2019).

Asimismo Ponce de León (2015) coloca el énfasis en la inscripción de la diferencia en el vínculo parental a la que denomina como “función diferenciadora”, fundamental para que el niño pueda ir construyendo su propia subjetividad, esta función responde también a la necesidad de crecimiento y autonomía física y psíquica del niño. Cabe señalar que la diferencia es introducida “(...) a partir de pares opuestos: placer-displacer, satisfacción-frustración, presencia-ausencia, etc, que marcan una distancia entre la excitación (moción pulsional) y la respuesta” (Ponce de León, 2015, p.4).

Esta capacidad de introducir la diferencia es entonces lo que hace a la función diferenciadora, sin importar el género de quien la ejerza, no siendo necesario para esta autora la intervención de un tercero a quien atribuirle la evolución del espacio en la díada materna como apuntaba Lacan (Ponce de León, 2015). No obstante, es vital la existencia de un tercer objeto diferente de la madre, “(...) para resignificar de un modo nuevo, en un espiral progresivo de complejidad, el universo vivenciado con la madre” (Ponce de León,

2015, p.4). La autora subraya que la función diferenciadora comienza a nivel de la díada pero se reafirma en el nivel triádico del desarrollo psíquico.

Continuando en la línea de la terceridad, Freud (citado en León, 2013) a diferencia de Ponce de León (2015), postula la importancia de la presencia real del padre, como objeto de identificación para el niño, pero también como objeto sexual para la madre y como una terceridad que actúa como barrera de incesto, se trata de la función paterna o padre funcional. Esta barrera de incesto habilita la salida exogámica del niño desde el núcleo familiar a la sociedad, lo que permitirá su entrada a la cultura. Asimismo, el padre será tanto objeto de amor como de mociones hostiles por ser aquel que prohíbe que el niño se posicione como esposo de la madre, es decir como sustituto del padre. Freud en su obra asocia de forma inseparable la función del padre con el principio de realidad, el padre es representante de este principio (León, 2013). El mismo autor nombra en sus trabajos la función anaclítica, aludiendo a la madre nutricia y el padre protector como correspondiente al estado de inmadurez del infans (Lustgarten de Canteros, 2014). Desde la teoría de Lacan el lugar del padre consiste en hacer a la mujer como causa de su deseo, deseándola como mujer y posicionándola como “no toda madre”, lo que permite entrever además un vínculo de deseo en la pareja parental, limitando así el goce entre la madre y el niño, esto es lo que el autor llama operación nominante propia de la función paterna o simbólica (Raznoszczyk Schejtman, 2014). Esta función de nominar no solo ubica al sujeto en una cadena generacional, sino que el padre al producir un corte “(...)se vuelve agente de castración acotando el goce materno” (Goldstein, 2014, p.232). El padre a través de esta nominación reconoce al hijo, le da un apellido y un lugar en su linaje, y lo introduce en la filiación (Raznoszczyk Schejtman, 2014). Mientras tanto, Winnicott en su obra hace referencia a la madre como figura principal de cuidado temprano del niño a través de lo que él denomina como cualidades blandas (amor, ternura, suavidad, delicadeza, dulzura), en cambio el padre se encarga de las cualidades duras como la estrictez y la severidad (León, 2013). Winnicott y Lacan (citados en León, 2013) coinciden en que es la madre atravesada por el lenguaje y la ley quien da lugar al ingreso del padre en la vida y psiquismo del niño.

Sin embargo, actualmente predomina una idea de declinación del padre como garante de la ley universal y única, Raznoszczyk Shejtman (2014) la atribuye a la mayor participación de las mujeres con respecto al rol de autoridad y al papel del estado como interventor cada vez más temprano en la crianza de los hijos. Otros autores como Guerra (2004) refieren al desdibujamiento de la función de interdicción y la prevalencia de la idea del “padre amigo”, que representa el rechazo a (...)la imagen autoritaria y arbitraria del ser padre” (p.33). Desde esta arista hay una convicción de que el niño conoce mejor sus necesidades en cada etapa de la vida de lo que pueden hacerlo sus padres, se busca de esta forma satisfacer continuamente sus necesidades, brindar objetos de acuerdo a los

intereses del niño, son padres que se colocan al servicio del hijo e intentan descifrar sus conflictos emocionales (Guerra, 2004). Viñar (2013) realiza un recorrido desde el padre como figura autoritaria de antaño al padre de hoy que caracteriza como indulgente y cómplice del hijo ya sea implícita o explícitamente, enuncia además un pasaje donde la palabra del niño era silenciada hacia el lugar que ocupa hoy como su majestad el niño, en quien se focaliza toda la atención. Entre estos extremos, lo que el autor cuestiona no es la rigidez o la laxitud de los límites, sino que el borramiento de estos erradica la frontera entre prohibición y transgresión, si desaparece la primera queda suprimida la segunda. Asimismo, este último autor esboza que debido al ingreso de la mujer en el mercado de trabajo, el cuidado de los hijos es hoy en día más compartido.

En relación con la ley Lustgarten de Canteros (2014) destaca como rasgo de la función parental la maleabilidad, posición de flexibilidad donde el límite emerge desde el cuidado, "(...) en un ir y venir entre "endurecerse y ablandarse", entre retar y sonreír (...) el límite se ejerce como freno, como muro, frente a un caos peligroso" (p.192). De esta forma el límite es ejercido no como castigo en consecuencia de la trasgresión, sino desde un lugar de cuidado necesario, como función de los padres de ir frustrando (Lustgarten de Canteros, 2014).

Retomando a Ponce de León (2015), es importante la posibilidad de asumir las funciones parentales de un modo dinámico, donde ambos miembros de la pareja parental puedan asumir tanto funciones de contención y narcisización como de interdicción, pero aclara que no es indiferente quien asume cada función ni de qué modo la ejerce. Cada modelo de parentalidad se conformará de acuerdo a las necesidades que cada familia tenga en determinado momento, pudiendo alternar las funciones que desempeña cada uno en base a la funcionalidad o alteraciones que esto genere en la estructura.

2.El proceso de narcisización

Para pensar en el proceso de narcisización como uno de los ejes medulares de este trabajo parece pertinente en primer lugar comenzar introduciendo acerca de los orígenes del narcisismo como un concepto nodal del psicoanálisis planteado por primera vez por Freud en 1910 para comprender la elección de objeto en los homosexuales. Laplanche y Pontalis (2004) definen narcisismo en alusión al mito de Narciso como "amor a la imagen de sí mismo" (p.228). Freud (citado en Laplanche y Pontalis, 2004) determinó la existencia de una fase de la evolución sexual intermedia entre autoerotismo y amor objetal. En el autoerotismo el sujeto se toma a sí mismo, a su propio cuerpo como objeto de amor, propiciando la unificación de las pulsiones sexuales. Estos planteamientos remiten al mito de Narciso como punto de partida para el surgimiento del concepto de narcisismo. De este modo se expone

aquí brevemente la versión más conocida y estudiada en el ámbito académico; la versión de Ovidio. De Urtubey (1971-1972) menciona que un punto en común entre las diferentes versiones es la destrucción de Narciso como fruto de su negación a vincularse con objetos externos y de su ensimismamiento con su propia imagen.

La versión de Ovidio sobre el mito de Narciso cuenta que Narciso fue concebido en la violación del río Cefiso a Liriope. Un día la madre llevó a Narciso con el adivino Tiresias quien predijo a sus padres que su hijo viviría mucho si no se veía a sí mismo. En su juventud Narciso fue amado por muchos hombres y mujeres a los cuales él despreciaba constantemente. Según cuenta esta versión, en una ocasión mientras Narciso se encontraba cazando en el bosque aparece la ninfa Eco a quien habían condenado a no poder hablar, por lo que sólo podía repetir las últimas palabras que se pronunciase, esta se enamora de Narciso pero también es rechazada. Las mujeres y ninfas despreciadas por Narciso decidieron vengarse de este solicitando a Némesis (deidad que personificaba la venganza divina y encargada de castigar el crimen) que cuando Narciso amara desesperadamente como ellas lo hicieron fuera incapaz de poseer lo que ama (Ovidio, 2003). Némesis asiente a esta súplica y Narciso cansado, luego de cazar se inclina a beber agua de un manantial en búsqueda de saciar su sed, mientras bebía se encuentra con su propia imagen pero él pensó que esa imagen era de alguien más, “esa que ves de una reverberada imagen, la sombra es: nada tiene ella de sí. Contigo llega y se queda, contigo se retirará, si tu retirarte puedes” (Ovidio, 2003, s/p). Más adelante se da cuenta que la imagen que ve es él mismo, “éste soy yo. Lo he sentido, y no me engaña a mí imagen mía: me abraso en amor de mí, llamas nuevo y llamas llevo” (Ovidio, 2003, s/p). Cuando Narciso se reconoce en su propia imagen ruega desesperadamente: “Lo que ansío está en mí; la riqueza me ha hecho pobre. ¡Ojalá pudiera separarme de mi cuerpo! Deseo inaudito en un enamorado, quisiera que lo que amo estuviera lejos” (Ovidio, citado en Costas Antola, 2000, pp. 744-745). Narciso se enamora de sí mismo y entonces “(...) insensible al mundo, se inclinó sobre su imagen y se dejó morir (...), ya muerto, Narciso seguía tratando de ver su imagen. En el lugar donde murió creció la flor que lleva su nombre (...)” (De Urtubey, 1971-1972, p.150).

A partir de aquí es posible realizar ciertas reflexiones en torno a lo relatado y el narcisismo como concepto que refiere al amor por la imagen de sí mismo y que constituye en la evolución sexual un estado primitivo previo a las relaciones de objeto conocido como narcisismo primario, en donde la madre es quien narcisiza al niño a partir de su deseo de completud. Dos temas pueden entonces considerarse como centrales, el papel de la imagen de sí mismo en la que Narciso queda capturado y la libido que no ha podido ser retirada de sí mismo y derivada hacia otros objetos. El elemento princeps podría decirse que es el

encuentro de Narciso con su propia imagen, que el psicoanálisis toma para realizar desarrollos teóricos como el papel del espejo desde Lacan o la mirada de la madre para Winnicott. La imagen de Narciso reflejada en aquel manantial es el espejo del que habla Lacan como efecto especular. Este momento es vital para la constitución del yo (Bodner, 2016). Otro aspecto a destacar es el deseo de Narciso de separarse de su propio cuerpo, aquí Costas Antola (2014) plantea por parte de la madre de Narciso el deseo de conservar a su hijo para sí, se puede considerar la completud que le otorga a una madre su bebé en aquel estado de fusión al que se hizo referencia anteriormente pero que más tarde deberá separarse, donde la ausencia posibilita la pérdida y el surgimiento del deseo. En aquella frase, “Lo que ansío está en mí; la riqueza me ha hecho pobre. ¡Ojalá pudiera separarme de mi cuerpo(...)quisiera que lo que amo estuviera lejos”, Narciso reconoce el dolor de la plenitud, de una pérdida que se hace imposible y obtura la posibilidad de la ausencia (Costas Antola, 2014), se puede dar cuenta de que la ausencia no sucede, por ende no habrá lugar para la pérdida, quedando impedido el surgimiento del deseo, ¿puede pensarse que el deseo de Narciso ha sido cercenado? Para acotar esta completud ilimitada que produce en Narciso el padecimiento, el deseo materno debe ser intervenido, según Costas Antola (2014) es esto lo que se juega en la transformación de Narciso y agrega “algo del cuerpo habrá de morir para que el yo se constituya. El acotamiento del goce al generar una pérdida posibilita la articulación de la sexualidad a la dialéctica del deseo (p.5)”, la privación pone en auge la falta y habilita el deseo. La transformación del cuerpo de Narciso en flor, la que aparece en el mismo lugar donde estaba el cuerpo es la

suplantación significativa propia de la función paterna. Narciso en tanto objeto de deseo del Otro materno se aparta de la fuente. En su lugar surge el significativo con minúscula: narciso. La fuerza de la corriente del Cefiso arrastra al objeto del goce materno. El cuerpo, organismo viviente es mortificado por la dimensión significativa (Costas Antola, 2014, p.6).

Se desprende de esta cita el rol que juega la castración como dimensión significativa para no permanecer como objeto de deseo y goce del Otro. Es posible reflexionar asimismo cómo el significativo evidencia su dimensión mortífera y a su vez desde su potencial creador funda una presencia simbólica, que en el caso de Narciso se manifiesta en la ausencia del cuerpo de este que ahora yace en la flor (Costas Antola, 2014).

A fin de explicar ahora el proceso de narcisización y su relevancia se tomarán los aportes de Bleichmar (2004) acerca de dicho proceso. Este autor plantea que el bebé cuando nace tiene necesidades vitales (calor, alimento) y a nivel de satisfacción erótica

(placer de una zona corporal por estimulación). El otro será quien brinde esas satisfacciones y el bebé lo reconocerá como objeto de la necesidad vital y objeto erótico. Se comprende así que, el proceso de narcisización es un proceso intersubjetivo, en donde la mirada del otro significativo juega un rol esencial, se necesita que ese otro significativo aporte una valoración positiva al sujeto, con la concomitante expresión de placer, y que el sujeto se identifique con esa valoración y ese placer. En esta línea, el autor expone que la seducción por parte de la madre no ocurre sólo por el placer erógeno que se desencadena en el momento de la experiencia, "(...) sino por el recuerdo de la mirada de excitación del otro, con la que el sujeto se identifica" (p.16). Por ende, la mirada del otro es anhelada por identificación con el goce de ese otro, fundamental en las tempranas experiencias de seducción.

El niño necesita constituirse como objeto de deseo, deseo de ser alguien para otro, ser deseado, fundante desde el comienzo para el sujeto, deseo que "(...) queda enclavado en el inconsciente como una escena fantaseada en la que el sujeto aparece recibiendo la admiración de los otros" (Bleichmar, 2004, p.109). El bebé es admirado por ese otro significativo y esta admiración recae sobre la totalidad de su ser. Así el niño se admirará a sí mismo y se entusiasmará con su ser global, con sus particularidades por ser las que le permitan lograr el reconocimiento deseado. Al transmitirle admiración, que complace por lo que hace, el niño deseará repetir una y otra vez esas actividades que quedaron revestidas del placer vivenciado en el momento en que fue elogiado, ya que al ser narcisizadas provocan el anhelo de la repetición. Para el niño las actividades o acciones cobrarán aceptación o rechazo según lo que despierte en el otro significativo, es decir a partir de la mirada, valoración de ese otro, las actividades o acciones que el niño realice ya no valdrán por lo que pudieran ser en sí mismas. El autor ejemplifica que incluso acciones como agarrar, caminar, etc que al niño le provocan placer por el dominio del propio cuerpo adquirirán valoración a partir de la mirada del otro. A través de la mirada se transmiten múltiples mensajes, valoraciones, así la madre al mirar al niño le transmitirá el valor que tiene para ella. El bebé es único para sus padres, que como se mencionó previamente es idealizado por estos, sentirse único, diferente, superior a todos los demás es la esencia del deseo narcisista, pero se requiere de una mirada que lo atestigüe, satisfaciendo así dicho deseo (Bleichmar, 2004). La aprobación del otro queda signada en las huellas mnémicas, por lo tanto, "cada vez que se active en el psiquismo la representación del sujeto, simultáneamente lo harán las huellas mnémicas del encuentro con la aprobación del otro" (p.120). Estas huellas permanecen de manera inconsciente y forman parte de la representación global del sujeto conformada por la valoración que el otro significativo provee. Huella mnémica es un término que fue utilizado por Freud para hacer referencia a la

manera en que se inscriben los acontecimientos en la memoria (Laplanche y Pontalis, 2004). Pero qué sucede si el niño no recibe esa mirada de valoración del otro significativo, si no se constituye como único para sus padres, como “his majesty the baby” como se dijo anteriormente, si por el contrario de lo que se desarrollaba como proceso de narcisización lo que ocurre es el desinterés, la indiferencia por parte de la madre (o los padres). Raznoszczyk Schejtman (2014) menciona que algunos niños nunca alcanzan a ser reyes ya que nunca ocuparon en el narcisismo de sus padres un lugar valorizado, y agrega

estos niños deben hacer un esfuerzo enorme para nacerles a la madre y al padre, y en esos casos, la angustia producida por el nacimiento puede no tener fin (...) [quien no es investido como “su majestad”] corre el potencial riesgo de considerar su existencia como no necesaria, como “superflua” (p.123)

Bleichmar (2004) por su parte, establece como una falla en la narcisización a la descalificación primaria, donde el otro significativo otorga una mirada crítica y displacer desde el comienzo de la vida del niño, en conjunto con la identificación de este último o no con esta actitud. Lo que sucede si el niño es colocado en un lugar de desinterés, de indiferencia o lo que podría ser un no lugar, quedará en las huellas mnémicas del niño la presencia del rechazo que integrará la representación del sujeto. El autor menciona que la falta de narcisización también se puede deber a la desatención o indiferencia de ciertos rasgos del niño por parte del otro significativo, si esta indiferencia es total quedará un vacío en el sujeto. Según el autor, la desatención de los padres hacia un rasgo que el niño intenta mostrar constituye para el hijo un déficit primario, provocando algo similar a la falta original de un receptor sensorial. Cuando se narcisiza un atributo se lo convierte en algo similar a una zona erógena y se lo busca para activar el placer narcisista. Mientras que la descalificación, genera una especie de herida que se tiene siempre presente, a la que se vigila para evitar el dolor temido (Bleichmar, 2004).

Puede ocurrir por otro lado, que haya un exceso de narcisización, donde a partir de los deseos propios del otro el niño queda sometido a una estimulación reiterada e inusualmente cargada de placer, resultando en un exhibicionismo primario, ya que se encuentra vinculado con el modo en que se produjo desde el comienzo la narcisización (Bleichmar, 2004).

En otra línea, la autora Bleichmar (2002) propone pensar en una madre en la cual sus constelaciones narcisísticas fallan en los tiempos de ejercer los cuidados primordiales con su bebé. Ello puede deberse por un lado, a una falla estructural es decir, un fracaso del narcisismo de la madre, de la instancia yoica, impidiendo ejercer su función de objeto madre

narcisizante, mientras que por otro lado, puede tratarse de una falla circunstancial como por ejemplo una depresión, donde temporariamente se retira libido narcisista del objeto. Sin embargo, la autora supone que esta madre efectúa de todos modos las funciones sexualizantes primarias, que posibilitan el establecimiento de la pulsión. Con ello, la autora quiere decir que, del lado de lo sexual no ligado, de la seducción originaria, se favorecen los investimentos que dan lugar a la constitución de una zona excitante, la zona erógena es apuntalada en un objeto sexual, sin embargo este no es objeto de amor, teniendo en cuenta que la pulsión se instala gracias a las funciones sexualizantes primarias pero lo que fallan son las funciones narcisizantes donde la madre se posiciona como objeto de amor para el bebé. De esta forma quedan puestas las condiciones de una pulsación originaria dando origen a las mociones libidinales y poniéndolas en marcha.

La misma autora enfatiza que la mirada por parte de la madre hacia el bebé no será totalizante, lo que sucede es que la madre no verá la totalidad del cuerpo del bebé, totalidad en la que se inscribe la representación del "(...) yo como trasposición totalizante de la superficie corporal" (p.50) la cual la madre toma a su cargo. La autora refiere, de este modo, que la posición en la que será puesto el lactante en los brazos de su madre impedirá la constitución de investimentos colaterales (vía de descarga del remanente excitatorio producto del encuentro entre madre y bebé que se genera por ejemplo al momento de la lactancia donde el pecho calma la necesidad y al mismo tiempo irrumpe como objeto sexual traumático, excitante), ya que "los bracitos se interpondrán en forma obstaculizante, las piernas colgarán para cualquier lado, la cabeza no encajará en el hueco del brazo. No habrá caricias ni sostén de la mano materna que permita la constitución de investimentos colaterales (...) (Bleichmar, 2002, p.50)". La energía se genera traumáticamente e impide que se encuentren vías dentro del principio de placer para que aquella pueda desviarse. Esta energía ingresa al modo de una irrupción masiva que no encuentra posibilidad alguna de regulación, es así que para el bebé el objeto no favorecerá la disminución de tensión endógena, quedará adherido a este y se prenderá con desesperación, produciéndose una paradoja entre excitación—apaciguamiento que se transformará en un circuito, ya que no puede cumplir la función de distensión. La madre calificará el displacer del bebé como hambre, organizándose un circuito de alimentación-frustración, en donde ella sentirá constantemente que fracasó ante el entendimiento materno acerca de las necesidades del niño. La autora plantea que como efecto de la desesperación del bebé tendrá lugar la voracidad, constituyendo luego un punto de fijación en la medida que se produce un sobreinvestimiento que "(...) insiste, de modo no ligado, en las patologías más severas no solo de la infancia sino de la edad adulta" (p.51).

Ese displacer que se genera y que no encuentra vías dentro del principio de placer para derivarse debido a que no es posible encontrar vías de ligazón producirá una compulsión de repetición traumática, que siempre vuelve a un circuito idéntico ya que es inevacuable, entendiendo que no se trata de una tensión vital pasible de encontrar su resolución a través del alimento que permitiría su disminución a cero, sino que se trata de una excitación indoblegable (Bleichmar, 2002). Por consiguiente lo que está en juego aquí es que aquello que no encuentra posibilidades de ligarse tampoco puede descargarse, esto se erige entonces como modalidad general del funcionamiento psíquico, "(...) fijación de los modos de descarga que llevan a una compulsión a la repetición traumática; a ello queda sometido el aparato incipiente" (Bleichmar, 2002, p.55). No se encontrarán las vías de ligazón en el semejante materno sino en lo traumático que insiste.

La función de reverie, otra forma de narcisización

El reverie como otro modo de narcisización postulado por Bion, se instala en una relación de asimetría entre la madre y el bebé, cada uno de ellos se encuentra atravesando una experiencia mental, vivenciando diversos estados tanto placenteros como dolorosos (Robinson, 2013). Robinson (2013) habla de asimetría porque es la madre quien puede dar cuenta de los estados que vivencia el bebé. Bion (citado en Spector, 2010) describió que el bebé experimentaba tanto estados placenteros como dolorosos pero que eran vividos en forma concreta, por lo que estos no podían ser integrados por sí mismos al pensamiento ya que el bebé no dispone de la capacidad para transformar sus experiencias primitivas de elementos beta a elementos alfa como los denominó este autor, de esta manera la madre como objeto con el que el bebé se identifica proyectivamente es quien se encarga de cumplir esta función. El bebé proyecta entonces en la madre las emociones que le generan caos, que no puede comprender por sí mismo, a la vez su madre experimenta estas emociones transformando este conglomerado de buenas y malas situaciones (elementos beta) en experiencias abstractas (elementos alfa), es decir, hace una especie de digestión, de procesamiento volviendolos pensables, almacenables y soñables. Dichos elementos son ahora proyectados en el bebé e introyectados por él, generando ahora sensaciones de alivio y calma (Spector, 2010).

Esta función lleva el nombre de "reverie", que por su potencial de acción anticipatoria permite a la madre evitar situaciones que amenacen la existencia tanto física como emocional de su hijo perturbando su equilibrio y estabilidad. La madre actúa como una especie de útero, involucrándose estrechamente con su alojado, garantizando así el desarrollo de su bebé, a través de esta conexión la madre sabe o busca saber lo que le

sucede a su hijo (Robinson, 2013). La capacidad de la madre de responder oportunamente a la preconcepción del bebé (expectativa de que hay algo ahí afuera que calmará el dolor) con realizaciones adecuadas reiteradas en el tiempo favorece la creación de bases firmes sobre las que podrá consolidarse el crecimiento mental normal.

Cuando la madre no posee la capacidad para tolerar y transformar lo intolerable para el niño sus posibilidades de responder creativamente a las proyecciones del niño se ven obturadas, "(...) deberá liberarse ella misma, de vuelta hacia y en el bebé, de un terror sin nombre" (Spector, 2010, s/p). Esta respuesta genera dificultades en el crecimiento de la capacidad para pensar y la capacidad para vincular.

3. El desamparo inicial u originario como punto de partida

El concepto de desamparo es estudiado por el psicoanálisis desde varias formas, una de ellas es conocida como el inicial desvalimiento en que llega el recién nacido al mundo, condición fundante e inaugural en la construcción del psiquismo humano, según Viñar (1988) quien destaca los planteamientos de Freud acerca del mismo concepto, se trata de un punto medular que conduce a diversas construcciones teóricas como los procesos primarios y secundarios, principio de placer y de realidad, identidad de percepción y pensamiento, etc.

El desamparo inicial es originado por la incapacidad del recién nacido para resolver por sí mismo su sobrevivencia, necesitando de un otro-adulto del que va a depender completamente dada su profunda desadaptación e inmadurez para la satisfacción de sus necesidades (Ulriksen de Viñar, 1988). Para Laplanche y Pontalis (2004) el desamparo es el estado en que se encuentra el lactante que depende totalmente del adulto para colmar sus necesidades, debido a la impotencia en que se halla el primero para emprender una acción específica, coordinada y eficaz para poner fin a la tensión interna. De acuerdo con Lijtenstein (1988) el desamparo originario o inicial del recién nacido refiere al desvalimiento, indefensión del bebé recién nacido, a su prematurez con la que se presenta, desamparado, dependiente, expuesto a una angustia que puede desbordarlo, debido a las situaciones traumáticas a las que se encuentra sometido al no poder ejercer dominio psíquico sobre su propio desequilibrio interno, es decir sobre las tensiones que experimenta. Ulriksen de Viñar (1988) establece que la prematuridad del recién nacido está en la base del desamparo. Las tensiones que experimenta son expresadas a través del llanto, la agitación psicomotora, entre otras, que al ser recibidos e interpretados por un adulto adquieren carácter de llamado, de un mensaje como pedido de ayuda. La respuesta activa del otro que calma aquellas tensiones vivenciadas como hambre, sed, transforman el grito de desamparo en signo de

comunicación, a los que la madre les da sentido de pedido de ayuda. Viñar (1988) considera que la prematuridad del recién nacido es lo que hace que este último dependa absolutamente del otro, siendo este primordial para la estructuración del psiquismo. El mismo autor agrega que el modo en que el sujeto transite y resuelva esta dependencia determinará su estructura psicopatológica.

Para Casas de Pereda (1988) el desamparo del recién nacido se concibe como un concepto bifronte que pone en evidencia por un lado, las carencias vinculadas a la capacidad del otro de prestar amparo y por otro, la fragilidad del bebé en sí. Desde el punto de vista de Yardino (2005) el desamparo es un acercamiento al campo esencialmente narcisista del vínculo dual, instancia en la que historia y prehistoria se entrelazan en una identidad primaria que resulta del deseo materno (o de la pareja parental) desde antes del nacimiento biológico. Del encuentro con el otro va a depender el advenimiento del sujeto psíquico, "(...) y donde este otro de los tiempos primordiales se constituye en presencia omnipotente capaz de rescatar al infans de la indefensión" (p.140).

El bebé recién nacido en dicho estado de indefensión, de desvalimiento convoca para su supervivencia al amor de la madre, el cual es imprescindible también para la inserción en la sociedad y la cultura propias de su especie (Vallespir, 2018). El amor de la madre resguarda el cuerpo que se encuentra sólidamente unido al aparato psíquico "(...) con una envoltura que lo cobija y lo ampara (...)" (p.126), denominada por Vallespir (2018) como envoltura amorosa del cuerpo. Para Peskin (2018) la necesidad de ser amparado es inherente a la condición humana. El amparo involucra a un otro que rodea y protege de los daños provenientes de la realidad exterior, desde esta función de cuidado y protección se pone en juego el compromiso libidinal del otro (Casas de Pereda, 1988).

Este desamparo inicial es estructurante para el psiquismo, ya que empuja al sujeto a constituirse como tal (García, 2018), siendo imprescindible para el niño el amor de ambos padres, especialmente de la madre, que lo amparen y lo protejan. El amor es estructurante en tanto que hace del desamparo inicial un móvil desde el que demandará el amor de la madre y su asistencia, de la cual no puede ser privado ya que se pondría en riesgo su vida. Sin la asistencia y el amparo brindados por la figura materna el infans no sobreviviría debido a que depende absolutamente de ella (Peskin, 2018). En esta línea, Ulriksen de Viñar (1988) plantea que en la dependencia absoluta del bebé hacia el otro adulto se juegan de entrada como fundante, la resolución del desequilibrio interno, biopsíquico como cuestión de vida o muerte. El otro desde su presencia auxiliar aporta una resolución a las tensiones internas y a la angustia intrínseca generada por el estado de desamparo e indefensión del bebé recién

nacido que ha perdido la homeostasis intrauterina en que se encontraba previamente al nacimiento (Viñar, 1988). Con estos elementos Freud crea el modelo de la experiencia de satisfacción, que resulta del pasaje del equilibrio existente en el vientre de su madre o como propone Viñar (1988) nirvana intrauterino, a la alternancia entre el hambre y la saciedad, frío y confort, iniciando un movimiento entre la tensión y la calma proporcionada por la madre, en el encuentro entre la boca y el pezón, en la succión y apaciguamiento de la tensión. El bebé encuentra la satisfacción en el otro como objeto auxiliador que en su presencia pone un límite a la necesidad manifestada a través del llanto, esbozando así un primer lenguaje intencional. En este intercambio se funda la primera experiencia de satisfacción, en un punto donde confluyen cuerpo biológico y cuerpo erótico, es decir, al calmar la tensión instala la vivencia de placer. El autor explica que la primera experiencia de satisfacción fija un movimiento que va desde la tensión generada por la necesidad hacia la satisfacción o su fracaso. El primer objeto que llega para salvar al sujeto del desamparo se inscribe indestructiblemente y al mismo tiempo se pierde para siempre, abriéndose así el camino para la emergencia del deseo que "(...) se organiza sobre la base de la alucinación primitiva, es decir de un objeto cuya condición y función es de ser inaccesible" (p.86). Los términos alucinación primitiva, satisfacción, frustración forman parte de una dialéctica cuyo trabajo acompaña a la producción de representaciones, si esta fracasa en

(...) la constitución del sujeto deseante y objeto deseado, el derrumbe se dibujará como abismo y agujero: defecto radical de la subjetivación. La falla o falta de inscripción lleva del desamparo al derrumbe (...) cuando no hay inscripción la experiencia es enigma insignificante (...) (Viñar, 1988, p.86).

Vale diferenciar entre la falla o falta de inscripción y la carencia del objeto que lleva a la renuncia y nostalgia, pero que existe como inscripción de una pérdida y posibilita la disposición del símbolo.

Entre el amor y el desamparo desestructurante

Para amparar al infans es indispensable que la madre ceda su cuerpo, de manera que no lo abandone, que no lo deje librado a sí mismo, a su indefensión, a su desvalimiento, pero sin que ceda su cuerpo excesivamente, es decir que se produzca una erotización desproporcionada que lo seduzca o aparte de su propio camino (Vallespir, 2018). En la misma línea, Gil (1988) hace referencia a la soledad absoluta que equivale a la muerte en la organización psíquica del niño. Vallespir (2018) puntualiza que tanto el amor como el desamparo son funciones estructurantes en el psiquismo, si estas funciones fallan se generarán fallas que serán observadas en el encuentro-desencuentro, vinculadas a las

vivencias faltantes del amor, que no acudió en respuesta al llamado convocante. En tal sentido, Casas de Pereda (1988) aborda ciertas manifestaciones de la depresión infantil vinculadas al desamparo del desamor poniendo el acento en la importancia de la función simbólica materna y con ella la instauración de la frustración y el surgimiento del deseo. Desde la postura de esta autora la presencia del otro en su función simbólica es fundamental para la aceptación de la pérdida del objeto. Esta función simbólica materna es introductora de la frustración como elemento simbólico, dada en determinado contexto libidinal en presencia del amor del otro, es decir, la madre promueve desde dicha función en el encuentro con el niño la frustración, motor de la emergencia del deseo. En este orden, la misma autora asevera que en los momentos depresivos de la infancia dicha función materna falla o desfallece, desarticulándose la “(...) dialéctica separación-alienación en la constitución del deseo y lo que se exterioriza es la dependencia en su lado de exceso” (Casas de Pereda, 1988, p.62). Cuando se produce un exceso o carencia de la frustración el niño no logra atravesar el duelo por el objeto perdido. La permanencia y estabilidad del objeto son aspectos necesarios al decir de Charbonnier et al. (2019) para tolerar la pérdida, aceptar la falta y que emerja el sujeto deseante. Por ende, si no hay lugar para la pérdida el surgimiento del deseo se verá imposibilitado. Se manifiestan entonces, la depresión y la melancolía como un defecto de simbolización donde la pérdida simbólica no se efectúa. En estos casos es posible pensar según Yardino (2005) en la ilusión como aquello que no estuvo suficientemente presente y que favorecería la formación de depresiones narcisistas como la que se desarrollará a continuación. Casas de Pereda (1988) propone así dos modos en que la depresión infantil se presenta, por un lado un fondo depresivo que pone el acento en un modo inhibido de contacto que es observado en ese hacerse cargar por un otro desde el abatimiento, la tristeza y en segundo lugar conductas que van desde el acting out al pasaje al acto, en otras palabras, el cuerpo se hace acto producto de la dificultad de simbolización. Se trata de “acciones que no tienen valor estructurante, valor metafórico (más que para el que las “escucha”)” (Casas de Pereda, 1988, p.63). Ocurre, por tanto, que para no enfrentarse ante la angustia que le provoca la ausencia del deseo del Otro el niño se adhiere, se cuelga literalmente del otro, lo que es manifestado por ejemplo, en la dependencia hostil con respecto a la madre, exigencias constantes, la no aceptación de sustitutos maternos, entre otros (Casas de Pereda, 1988). El niño reclama a través de esos signos un sentido que solo puede ser encontrado en el otro. Para que se despliegue la trama deseante es fundamental la separación, la pérdida, que al no disponer de este elemento simbólico su modo de expresión será la palabra hecha acto. Al mismo tiempo, Vallespir (2018) señala que el desamor y el desamparo simultáneamente provocan fallas en la constitución del yo (y del aparato psíquico) y del cuerpo, tanto en su imagen como en el cuerpo simbólico.

Por su parte, Ulriksen de Viñar (1988) propone la depresión materna como factor para pensar el desamparo en la infancia, cuando la madre misma se halla en situación de desamparo, de derrumbe. Sucede que dicha depresión no permite pensar al hijo como desvalido, en situación de indefensión, por lo que no puede brindar el sostenimiento requerido por el bebé, proporcionarle acogimiento al desborde, u ofrecer una respuesta que facilite al niño la organización de sus vivencias y conducta y calmar su ansiedad. El adulto es quien transforma la angustia y limita el desamparo psíquico, lo cual en estos casos no es posible, debido a que este también está en situación de indefensión, por lo tanto el niño no solo se enfrenta a su propio desvalimiento sino también ante el del adulto, convirtiéndose en sí mismo como algo insoportable para el otro, ante la imposibilidad de ser acogido, recibido por el otro-madre. La misma autora refiere a la falla de la función de continente, de piel-envoltorio, del sostenimiento y manipulación maternas como respuesta del adulto, desencadenando "(...) efectos en la organización y ligazón de las pulsiones parciales en la constitución del narcisismo primario, base de la identidad, del sentimiento de continuidad de la existencia, y del establecimiento de las nociones de tiempo y espacio" (Ulriksen de Viñar, 1988, p.35). En tal sentido, la autora trae a Bion para puntualizar acerca de la capacidad de ensoñación de la madre que contiene y da sentido a las angustias primitivas de muerte de su bebé, las transforma en pensamientos y palabras que en su contenido, ritmo, entonación y repetición operan como elementos a disposición del bebé para la creación de su propio espacio psíquico. Esta autora ejemplifica a través de un caso clínico que las dificultades en la capacidad de ensoñación por parte de la madre se vinculan a la dificultad de pensar al hijo, de otorgarle un lugar, ya sea antes o después de su nacimiento e incluso concepción. Ulriksen de Viñar (1988) observa en los gráficos de su paciente que los cuerpos de las figuras humanas realizadas no poseen contorno, dando cuenta de un cuerpo que no funciona como continente, cerrado, sino como un tubo de pasaje, abierto y manifiesta que un cuerpo sin contorno no puede contener los conflictos y su representación, evidenciando así una falla en la constitución narcisista que se hace patente como resultado del desamparo psíquico situado en el cuerpo y exteriorizado en angustia de aniquilación. Estas angustias que Winnicott (1962) llamó inconcebibles deben ser puestas al margen desde la capacidad de la madre de identificarse con las necesidades de su bebé. Cuando no hay un otro que contenga a través del amor se produce este tipo de angustias que manifestaba el paciente de Ulriksen de Viñar (1988). Retomando lo que esta autora menciona acerca de su paciente y según los planteamientos de Winnicott (1962) podría pensarse en una imposibilidad del niño de enlazar su cuerpo con sus funciones, con la piel como membrana restrictiva. Estas fallas ponen en evidencia que la protección del ego brindada no fue suficiente como para que se establezca en el niño un patrón de continuidad existencial. Dichas fallas provocan en el niño "(...) una reacción que corta al través la continuidad existencial" (Winnicott, 1962,

p.70). Si las reacciones de este tipo son reiteradas se erige un patrón de fragmentación de la existencia. Reaccionar es la alternativa a ser o existir, pero el reaccionar detiene el ser o existir y por ende aniquila. Es función del ambiente sostenedor disminuir al mínimo las amenazas ante las que el niño tiene que reaccionar con el aniquilamiento de su existencia personal (Winnicott, 1962).

Retomando lo planteado anteriormente, se puede pensar en cómo el desamparo desestructurante provoca fallas a nivel de los procesos de simbolización y dificultades en lo que refiere a la integración psique-soma como bien ilustra Ulriksen de Viñar (1988) en el caso clínico que presenta en su obra. Según Peskin (2018) lo simbólico sostiene, socorre y protege al ser humano del desvalimiento, el amparo y la asunción del lenguaje permiten al sujeto la salida del desamparo, como condición necesaria que sostendrá narcisísticamente al sujeto a lo largo de su vida. El sujeto debido a su fragilidad humana necesita ser amparado por la organización simbólica que lo trasciende como tal (Peskin, 2018). Articulando el caso clínico de Ulriksen de Viñar (1988) es pertinente remitirse al trabajo de Charbonnier et al. (2019) con niños, niñas y adolescentes privados de cuidados parentales, institucionalizados en centros de 24 horas por diversas situaciones vinculadas al abandono, maltrato o abuso sexual infantil. Estos autores observaron en muchos de sus pacientes dificultades en la identificación y reconocimiento de sus emociones, no pudiendo asociar los afectos a las experiencias que los generaban y obstaculizando por ende dicho proceso de integración. Estos autores hablan del empleo de conductas evitativas y expulsivas como modo de protegerse ante angustias arcaicas, como angustia de aniquilamiento, angustias masivas inenabarrables, que "(...) se vivencian con todo el cuerpo y que se sienten como caer al vacío o destrozarse en miles de fragmentos" (p.13). Fue posible apreciar además en dichos pacientes, fallas en los procesos de subjetivación y la construcción de una imagen de sí mismo, poniendo en evidencia determinado nivel de fallas en la narcisización. En este sentido, refieren como producto de la desregulación ambiental vivenciada por dichos niños, niñas y adolescentes, a la presencia de cierta inestabilidad emocional y fragilidad yoica, así como también conductas auto y heteroagresivas y crisis de excitación psicomotriz, prevaleciendo ansiedades tempranas principalmente paranoides, donde el otro es vivenciado muy persecutoriamente. Estas situaciones provocan la puesta en marcha de mecanismos de defensa muy primitivos (esquizoides y maníacos) que sirven para protegerse de alguna forma ante el derrumbe psíquico/yoico (Charbonnier et al., 2019). Dichos autores coinciden con lo postulado anteriormente por Casas de Pereda (1988) acerca de la depresión infantil como manifestación sintomática para pensar el desamparo, visualizada en ocasiones en la imposibilidad de jugar o el despliegue de un juego repetitivo y poco elaborativo, así como también la tendencia al acto e irrupción de conductas donde el

pensamiento se ve suspendido, en cuyo juego se ponen de manifiesto ansiedades primarias, persecutorias, de ataque, destrucción y retaliación, afectando espacios de socialización e integración educativa (Charbonnier et al., 2019).

Por otra parte, Viñar (1988) retomando a Freud propone como alternativas al desamparo la alucinación versus la actividad de pensamiento. Para Freud (1976/ 1900-01) un componente fundamental de la vivencia de satisfacción es la percepción que surge por ejemplo frente a la satisfacción del niño al ser alimentado, que ante su indefensión requerirá del cuidado de un otro que ponga fin al estímulo interno, que constituye como ya se mencionó la primera experiencia de satisfacción, quedando esta misma vinculada a cierta imagen mnémica. Al mismo tiempo esta imagen se verá asociada a la huella que haya dejado en la memoria la excitación provocada por la necesidad. Ante una nueva aparición de la necesidad sobrevendrá una moción psíquica buscando investir nuevamente la imagen mnémica de aquella percepción, para repetirla y así reiterar la primera vivencia de satisfacción (Freud, 1976/1900-01). Esta moción es lo que el autor denomina como deseo. De aquí en adelante el sujeto tiene dos caminos. El primero y más corto consiste en la investidura plena de la percepción vinculada a la experiencia de satisfacción, correspondiente a la actividad alucinatoria que apunta a la identidad de percepción, es decir, repetir la percepción ligada a la satisfacción. El segundo camino implica para el sujeto una búsqueda en el exterior admitiendo la pérdida que apunta a la identidad de pensamiento, en dichos de Viñar (1988) lo perdido hace del dolor producción. Freud (1976/1900-01) explica que el sujeto deberá buscar otro camino más acorde que lleve al sujeto a encontrar en el mundo exterior la identidad perceptiva deseada, esto es, un rodeo, una postergación para el cumplimiento del deseo que de acuerdo con Viñar (1988) establece un movimiento exploratorio donde la satisfacción se posterga y es transformada. Para el mismo autor pensar implica admitir la ausencia, la carencia de aquello que en la falta conlleva para el sujeto la amenaza de aniquilación. El pensar es el sustituto del deseo alucinatorio (Freud, 1976/1900-01). Considerando lo anterior es que se puede afirmar en palabras de Viñar (1988) que el desamparo está siempre presente como condición constitutiva, que compele al sujeto ya sea a pensar, ya sea a alucinar. Más adelante este autor finaliza realizando una importante distinción entre identidad de percepción e identidad de pensamiento

Alucinar es una operación psíquica sin “resto” (resto en el sentido de ombligo indescifrable). La satisfacción es una plétora. Al contrario la identidad de pensamiento es simultáneamente logro y percepción (desilusión). Tengo pero no tanto como perdí. El bien logrado calma pero hay resto diferencial de insatisfacción que es motor de búsqueda y movimiento (...) (Viñar, 1988, p. 91).

La diferencia con la psicosis reside entonces en que la huella mnémica inscriba un trayecto y un movimiento (Viñar, 1988).

El complejo de la madre muerta

Volviendo sobre lo que plantea Casas de Pereda (1988) acerca de la depresión infantil y Ulriksen de Viñar (1988) sobre la depresión materna en relación al desamparo e indefensión a la que el niño se ve expuesto, parece pertinente traer a Green (1983) como un punto de contacto entre ambas, donde una es desencadenada de algún modo, por la otra.

Green (1983) comienza trabajando con pacientes que en su sufrimiento no mostraban los rasgos clásicos de la depresión, sino que se trataba de padecimientos dados por frustraciones en el área afectiva y laboral, en donde el autor como analista pudo dar cuenta que se trataba de conflictos de índole narcisista asociados a la insatisfacción de las relaciones conyugales, perturbaciones en la comunicación afectiva y la sexualidad, así como también dificultades para la realización profesional.

Estos pacientes traían en múltiples ocasiones hechos de su niñez que por sus características el analista podría situarlos en una depresión de la infancia, de la que sin embargo los pacientes no mostraban manifestación alguna en su discurso. El autor encuentra así una incongruencia entre los elementos depresivos que son evidenciados en la transferencia y el comportamiento exterior del paciente donde estos elementos no se observan. Green (1983) indica que esta depresión de transferencia es la repetición de una depresión infantil cuya problemática no está vinculada a la pérdida real de la figura materna, es decir, lo que se pone en juego es la pérdida a nivel psíquico.

El mismo autor explica que la ausencia psíquica del objeto se encuentra asociada a una depresión materna que pudo haber sido provocada por diversas razones, como por ejemplo la pérdida de un ser querido o por una grave herida narcisista (engaños, abandonos, humillaciones, etc), instaurando así las bases que darán inicio al complejo de la madre muerta. Este se caracteriza principalmente por la tristeza que la madre comporta de acuerdo con el duelo que se encuentra atravesando y una fuerte disminución en el interés por el hijo. El bebé que antes se sentía amado, que era el centro del universo de la madre o "his majesty the baby" como ya se ha dicho, atraviesa un verdadero cambio que implica la pérdida repentina sin indicio alguno de esta, de la imago materna que hasta el momento era asociada al amor y la satisfacción pero que ahora es más bien asociada a una imagen desvitalizada. Green (1983) indica que esta pérdida es vivida por el niño como una catástrofe, y representa para el niño un trauma narcisista, ya que se produce una

desinversión masiva por parte de la madre dejando marcas indelebles en el sujeto a advenir. Se trata no sólo de una desilusión antes de tiempo en conjunto con la pérdida inesperada de amor, sino que además le es imposible hallar un sentido a lo que sucede. Mientras tanto, la figura paterna no oficia como tercero capaz de rescatar al niño del conflicto que acontece entre este último y la madre, por ende, la situación se agrava, ya que el padre no brinda respuesta alguna a la dolencia del hijo. El niño se enfrenta entonces ante una madre “muerta” y un padre inaccesible dedicado a la recuperación de la madre o que no aparece en escena dejando que madre e hijo resuelvan por sí solos la situación.

El niño intenta en vano la reparación de la madre sumida por el duelo, lo que no provoca en él otra cosa que vivencias de impotencia, activando así ciertos mecanismos de defensa, en primer lugar y el más importante para Green (1983) es la desinversión masiva del objeto materno y la identificación inconsciente con la madre muerta. La desinversión es tanto afectiva como también representativa que constituye en palabras del mismo autor “(...) un asesinato psíquico” (p.217). Esta desinversión resulta en la constitución de un vacío en torno a las relaciones de objeto con la madre, sin embargo, la madre sigue amando a su hijo y se ocupa de su sobrevivencia en lo que a los cuidados físicos refiere.

La identificación inconsciente con la madre muerta refiere a la identificación primaria del niño con la primera como recurso inconsciente para reunirse con el objeto ante la amenaza de su pérdida. La identificación le sirve como medio para mimetizarse, el niño ya no puede tener el objeto por lo que se transforma en el objeto en sí para continuar poseyéndolo. Asimismo el sujeto tenderá posteriormente en sus ulteriores relaciones a la compulsión a la repetición de la desinversión del objeto a decepcionar como mecanismo de defensa para protegerse tan pronto como cree que puede ser abandonado (Green,1983).

REFLEXIONES FINALES

La sistematización realizada en el recorrido de este trabajo me ha permitido profundizar en los vínculos primarios y sus fallas y adentrarme en el terreno del desamparo tanto inicial como desestructurante y sus vicisitudes.

Cuando hablamos de desamparo originario pensamos en el bebé recién nacido, en su indefensión, desvalimiento y su necesidad inherente de ser sostenido, contenido por un otro desde un ambiente protector, confiable y que favorezca su desarrollo. Mientras que el desamparo desestructurante conduce ineludiblemente a pensar en la falta de amor del otro, de sostén, en su no disponibilidad ya sea psíquica o física para rescatar al cachorro humano de su estado de indefensión. Desde la clínica psicoanalítica con niños y adolescentes

considero posible intervenir en el des-armado de identidades y procesos de subjetivación, no sólo necesariamente intentando poder dar un sentido a aquello que no lo ha encontrado y no ha podido ser develado, sino como dice Charbonnier et al., (2019) “ (...)a través de un vínculo que permita ir construyendo o reconstruyendo aquellos hilos deshilachados de su propia historia(...) Construir algo de lo que no sucedió(...) y era tan necesario que existiera para enfrentar la situación de desamparo original” (p.15). Para ello, es preciso considerar que muchas veces será necesario brindar desde nuestro lugar la función de amparo estructurante y narcisizante, mostrarnos disponibles funcionando como un otro contenedor, favoreciendo el armado de puentes simbólicos, buscando herramientas como el juego o los cuentos infantiles que posibiliten la puesta en palabras, la elaboración de lo traumático que hasta ahora quizás solo ha podido manifestarse en el cuerpo, a través de actos. Se trata entonces de consolidar las capacidades de simbolización y promover la construcción de sujeto de deseo reconociéndolo en su singularidad, como un otro semejante.

Luego del tránsito realizado a lo largo de este trabajo, surgen algunas interrogantes a seguir pensando quizás en otras instancias; ¿qué marcas quedan en la subjetividad a nivel de etapas posteriores en la vida del sujeto? Hablamos quizás en muchas situaciones de marcas indelebles con efectos devastadores en el psiquismo, ¿cómo desandar esas marcas producidas por la falta del otro, falta de amor, de deseo, de disponibilidad? ¿Cómo transitar las aguas del desamparo desestructurante? A nivel del rol del estado, ¿cómo sostiene, acompaña o qué recursos brinda al niño y a las familias para transitar estas situaciones? Cuando las situaciones de desamparo se dan desde tiempos muy tempranos en la vida del sujeto ¿puede el estado ser una figura de apoyo y sostén en los casos que el sostén familiar está ausente?

Referencias bibliográficas

Acevedo de Mendilaharsu, S. (2014). La identidad. Algunas de sus vicisitudes. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 119, 27-37. Recuperado de: <https://www.apuruguay.org/apurevista/2010/16887247201411903.pdf>

Alkolombre, P. (2019). Deseo de hijo, parentalidades y filiación. *Controversias en Psicoanálisis de Niños y Adolescentes*, 24, 100-109. Recuperado de: <https://www.controversiasonline.org.ar/wp-content/uploads/2019/05/24-ALKOLO-ES.pdf>

Anfusso, A. (2014). Miro y me reflejan, luego existo. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 119, 50-56. Recuperado de: <https://www.apuruguay.org/apurevista/2010/16887247201411905.pdf>

Bleichmar, E.D. (2005). Manual de Psicoterapia de la relación padres e hijos. Barcelona; Paidós.

Bleichmar, H. (2004). El narcisismo. Estudio sobre la enunciación y la gramática inconsciente. Buenos Aires; Nueva Visión.

Bleichmar, S. (2002). La fundación de lo inconsciente: destinos de pulsión, destinos del sujeto. Buenos Aires; Amorrortu.

Bodner, G. (2016). Apuntes sobre la función del mito en el psicoanálisis. *Temas de Psicoanálisis*, 11, 1-12. Recuperado de: <http://www.temasdepsicoanalisis.org/wp-content/uploads/2017/05/11.Funcion-del-mito-en-el-psicoanalisis.-Plantilla-definitivo-07.01.15supermodificado.pdf>

Casas de Pereda, M. (1988). El desamparo del desamor. A propósito de la depresión en la infancia. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 67, 55-65. Recuperado de <http://www.apuruguay.org/apurevista/1980/1688724719886704.pdf>

Casas de Pereda, M. (2001). Entorno al rol del "espejo": Winnicott, Lacan, dos perspectivas. Recuperado de: http://www.querencia.psico.edu.uy/revista_nro4/myrta_casas.htm

Casas de Pereda, M. (2015). Estructuración Psíquica. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 120, 24-38. Recuperado de: <https://www.apuruguay.org/apurevista/2010/16887247201512003.pdf>

Costas Antola, A. (2014). Narciso y el narciso. Del deseo, el amor y la muerte. En *Siglo XXI: herramientas y dispositivos del psicoanálisis*. XXXVI Simposio anual llevado a cabo en Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires, Buenos Aires Argentina. Recuperado de: <http://biblioapdeba.no-ip.org/pgmedia/EDocs/2014-simpo-costas>

Costas Antola, A. (2000). Perseguido por Eco, Narciso llega al 2000. *Revista de Psicoanálisis APdeBA*, XXII (3), 743-754. Recuperado de: <https://www.psicoanalisisapdeba.org/descriptores/narcisismo/perseguido-por-eco-narciso-llega-al-2000>

Charbonnier, A.L., González, M.I, y Varela, C.E. (2019) Particularidades de una clínica en situaciones de desamparo. *Contextos*, 004, 11-19. Recuperado de: https://www.psicologos.org.uy/revistas/Contextos_marzo_2019.pdf

De Urtubey, L. (1971-1972). Sobre el narcisismo y una de sus formas de expresión: el autismo transferencial "frente al espejo". *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 13(2-3), 149-186. Recuperado de: <https://www.apuruguay.org/apurevista/1970/168872471971197213020301.pdf>

Flechner, S. (2013). Violencia materna. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 117, 19-32. Recuperado de: <https://www.apuruguay.org/apurevista/2010/1688724720101311702.pdf>

Flesler, A. (2011). El niño en análisis y el lugar de los padres. Buenos Aires; Paidós.

Freud, S. (1980). Introducción al narcisismo. Obras completas: Sigmund Freud. (Vol: 14). Buenos Aires; Amorrortu (Trabajo original publicado en 1914).

Freud, S. (1976). Obras completas: Vol.5. La interpretación de los sueños (segunda parte) Sobre el sueño. (Trad. J.L.Etcheverry). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado 1900-01).

García, S. (2018). Desamparo: <<Acontecimiento>> y repetición. *Aprés coup* en transferencia. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 127, 25-36. Recuperado de: <https://www.apuruguay.org/apurevista/2010/1688724720101812703.pdf>

Gil, D. (1988). El análisis y la soledad. Errancias psicoanalíticas sobre la soledad. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 67, 67-80. Recuperado de: <https://www.apuruguay.org/apurevista/1980/1688724719886705.pdf>

Goldstein, M. (2014). La parentalidad de nuestra época. En: Rotenberg, E. (comp). *Parentalidades: interdependencias transformadoras entre padres e hijos* (pp.227-238). Buenos Aires: Lugar.

Green, A.(1983). Narcisismo de vida, narcisismo de muerte. Buenos Aires; Amorrortu.

Guerra, V. (2004). Cambios en la paternidad: reflexiones sobre algunos efectos en el psiquismo del niño hoy. *Revista de Psicoterapia psicoanalítica*, 4, 29-42.

Guerra, V. (2015). El ritmo y la ley materna en la subjetivación y en la clínica in-fantil. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 120, 133-152. Recuperado de: <https://www.apuruguay.org/apurevista/2010/16887247201512009.pdf>

Guerra, V. (2014). Ritmo, mirada, palabra y juego: hilos que danzan en el proceso de simbolización. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 119, 74-97. Recuperado de: <https://www.apuruguay.org/apurevista/2010/16887247201411907.pdf>

Janin, B. (2012). El sufrimiento psíquico en los niños. Psicopatología infantil y constitución subjetiva. Buenos Aires; Noveduc.

Janin, B. (2013). Intervenciones en la clínica psicoanalítica con niños. Buenos Aires; Noveduc.

Kahane, S. (2017). El niño y sus padres. Los padres del niño. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 124, 57-70. Recuperado de: <https://www.apuruguay.org/apurevista/2010/16887247201712405.pdf>

Laplanche, J. y Pontalis, J.B. (2004). Diccionario de Psicoanálisis. Buenos Aires; Paidós.

León, S. (2013). El lugar del padre en Psicoanálisis. Freud, Lacan y Winnicott. Santiago de Chile; Ril.

Lijtenstein, M. (1988). Notas desde el desamparo. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 67, 95-98. Recuperado de: <https://www.apuruguay.org/apurevista/1980/1688724719886707.pdf>

López de Caiafa, C. (2009). El objeto-el otro, pensados a partir de ideas de Winnicott. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 108, 34-49. Recuperado de: <https://www.apuruguay.org/apurevista/2000/16887247200910802.pdf>

Lustgarten de Canteros, N. (2014). La parentalidad desde la perspectiva de Donald W. Winnicott. En: Rotenberg, E. (comp). *Parentalidades: interdependencias transformadoras entre padres e hijos* (pp.183-193). Buenos Aires: Lugar.

Ovidio, P.N. (2003) Metamorfosis. Biblioteca virtual universal. Recuperado de: <https://biblioteca.org.ar/libros/89549.pdf>

Peskin, L. (2018) ¿Qué nos ampara? *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 127, 37-45. Recuperado de : <https://www.apuruguay.org/apurevista/2010/16887247201812704.pdf>

Ponce de León, E. (2015) "Función diferenciadora" y parentalidad, 1-7.

Raznoszczyk Schejtman, C. (2014). Lo materno y lo paterno en la estructuración psíquica y en la clínica con niños y adolescentes. Algunas caracterizaciones de la parentalidad actual. En: Rotenberg, E. (comp). *Parentalidades: interdependencias transformadoras entre padres e hijos* (pp.117-131). Buenos Aires: Lugar.

Robinson, R. S. (2013). Reverie: Apuntes personales. *Revista de la Sociedad Colombiana de Psicoanálisis*, 37(2), 63-79. Recuperado de: http://spp.com.pe/wp-content/uploads/2019/12/Scerpella_12.pdf

Rojas, M.C. (2005). El trabajo psicoanalítico con padres. *Cuestiones de Infancia*, 161(9), 41-50. Recuperado de: www.uces.edu.ar

Sigal de Rosenberg, A.M. (1995). El lugar de los padres en psicoanálisis de niños. Buenos Aires; Lugar Editorial.

Spector, R. (2010). W. Bion y su contribución al debate Natura vs. Nurtura. Desarrollo temprano y psicosis. *Revista El psicoanalítico*, s/p. Recuperado de: <https://www.elpsicoanalitico.com.ar/num6/autores-spector-bion-desarrollo-temprano-psicosis.php>

Spitz, R. A. (1972). El primer año de vida del niño. Génesis de las primeras relaciones objetales. Madrid; Aguilar.

Tomás, S. (2011). La función materna: El Otro como *maitre* en las encrucijadas de la subjetividad. Buenos Aires; Letra Viva.

Ulriksen de Viñar, M. (2005). Construcción de la subjetividad del niño. Algunas pautas para organizar una perspectiva. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 100, 339-355. Recuperado de: <https://www.apuruguay.org/apurevista/2000/16887247200510021.pdf>

Ulriksen de Viñar, M. (1988). El desamparo desde la clínica de un niño. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 67, 33-53. Recuperado de: <https://www.apuruguay.org/apurevista/1980/1688724719886703.pdf>

Vallespir, N. (2018). Del amor al amparo: La envoltura amorosa del cuerpo. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 127, 125-142. Recuperado de: <https://www.apuruguay.org/apurevista/2010/16887247201812711.pdf>

Viñar, M. (2013). Avatares de la estructura familiar en el siglo XXI. La función paterna. Declinación/ transformaciones. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 117, 137-160. Recuperado de: <https://www.apuruguay.org/apurevista/2010/16887247201311709.pdf>

Viñar, M. (1988). Hilflosigkeit. Alucinar y pensar. Alternativas al desamparo. Una lectura de la experiencia de satisfacción. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 67, 81-94. Recuperado de: <https://www.apuruguay.org/apurevista/1980/1688724719886706.pdf>

Winnicott, D.W. (1963). De la dependencia a la independencia en el desarrollo del individuo. En: *El proceso de maduración en el niño. Estudios para una teoría del desarrollo emocional* (pp. 99-110). Barcelona; Laia.

Winnicott, D.W. (1958). La capacidad para estar a solas. En: *El proceso de maduración en el niño. Estudios para una teoría del desarrollo emocional* (pp.31-39). Barcelona; Laia.

Winnicott, D.W. (1962). La integración del ego en el desarrollo del niño. En: *El proceso de maduración en el niño. Estudios para una teoría del desarrollo emocional* (pp.65-73). Barcelona; Laia.

Winnicott, D.W. (1960a). La pareja madre-lactante. Recuperado de: <https://www.psicoanalisis.org/winnicott/lapamala.htm>

Winnicott, D. W. (1960b). La teoría de la relación paterno-filial. En: *El proceso de maduración en el niño. Estudios para una teoría del desarrollo emocional* (pp. 41-63). Barcelona; Laia

Winnicott, D.W. (1956). Preocupación maternal primaria. Recuperado de: <https://www.psicoanalisis.org/winnicott/preomapr.htm>

Winnicott, D.W. (1979). Realidad y Juego. Barcelona; Gedisa.

Yardino, S. (2005). Acerca del posible destino de los traumas precoces. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 100, 136-148. Recuperado de: <https://www.apuruguay.org/apurevista/2000/16887247200510011.pdf>